

## LIBROS

RICHARD DEDEKIND, *¿Qué son y para qué sirven los números?*, Madrid, Alianza, 1998, 194 pp.

Dada la capital importancia de Dedekind (1831-1916) en la llamada *refundación aritmética* del siglo XIX este libro, tan claro, es una extraordinaria contribución al conocimiento directo de los hitos de la matemática contemporánea.

En esta edición se recogen, de entrada, dos trabajos clásicos del matemático alemán, «Continuidad y números irracionales» de 1872, y «¿Qué son y para qué sirven los números?», de 1888, que da justificadamente el título al libro. Ambos fueron ya traducidos al inglés, en 1901, y, luego, divulgados por la benemérita Dover de Nueva York, *Essay on the Theory of Numbers* (1961 y ss.), eso sí sin introducción ni prólogo alguno. La publicación española toma como referencia directa las *Gesammelte mathematische Werke* de Dedekind (reimpresas en Nueva York, 1969); añadiendo unos «Fragmentos sobre aritmética y teoría de conjuntos», así como una selección de su correspondencia matemática, muy desveladora de la argumentación dedekindiana. Por añadidura, la introducción de José Ferreiros es amplia e ilustrativa, y tan rigurosa como su versión castellana.

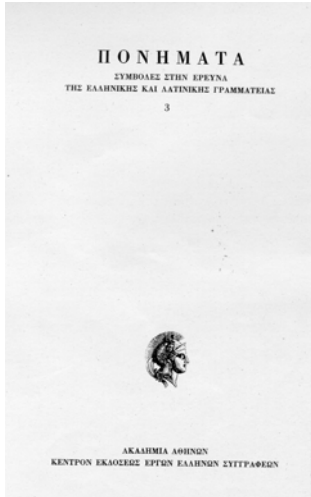
Por los aspectos más teóricos del libro, así completado, ahora tenemos ocasión de comprobar directamente cómo surgió el concepto de número real: en el año 1872 hubo grandes trabajos de Cantor y Weierstrass, además de Dedekind, sobresaliendo éste por su elegancia y transparencia. Por cierto que allí se introduce el término clásico de *Schnitt*, traducido al inglés por *cut* y al castellano por *cortadura*, voz que sin embargo remite más a ‘abertura’ o ‘borde’ que *corte*, y, por tanto, menos nítido que este concepto esencialmente separador de los números reales. El artículo más tardío sobre los números es revelador de cómo establece un vínculo entre éstos, considerados como ordinales, y su teoría de conjuntos, en la que además brilla especialmente la fructífera idea de *aplicación*.

En suma, el libro, que se abre buscando una «fundamentación puramente aritmética y totalmente científica de los principios del cálculo infinitesimal», logra elaborar un magma teórico que cualquier estudioso de la matemática (incluyendo al de la antigua), debe tener en cuenta para conocer las raíces y las recurrencias de esta disciplina.



Mauricio Jalón

E. D. MAVROUDÍS, *Arquígenes de Apamea. Vida y obra de un médico griego en la Roma imperial* [en griego moderno], Atenas, Academia, 2000, LXI + 469 pp.



Como indica el título, se trata de una monografía sobre la vida y obra de uno de los médicos más importantes de la Roma imperial, Arquígenes de Apamea (ss. I/ II d. C.). Consta de cuatro capítulos, tres apéndices y un breve resumen en alemán, además de una extensa bibliografía (con fuentes griegas, latinas, árabes y armenias y más de quinientos títulos de autores modernos, cf. XVII-LXI) y cinco índices (de manuscritos, de citas de fuentes, de términos médicos y de autores antiguos y modernos, pp. 397-456).

El primer capítulo está dedicado a la biografía de Arquígenes (pp. 1-44). La fuente principal es un artículo de la *Suda* (s.v.), que E. Mavroudis completa con noticias algo posteriores de Galeno, Aecio de Amida y el filósofo neoplatónico Elías, así como con testimonios procedentes de textos latinos de diferentes épocas (algunos, posteriores al siglo XVII). Se abordan los principales problemas relativos a la vida del médico: su patria, su nacionalidad, el nombre y el oficio de su padre, la época en que vivió, la época de su máximo esplendor, su maestro, el lugar en que ejerció como médico, la escuela médica a la que pertenecía, la 'escuela' que él fundó y, finalmente, los motivos

de su celebridad en el desempeño de su profesión. E. Mavroudis presenta y analiza testimonios inéditos y hace una revisión crítica y minuciosa de las opiniones de los especialistas sobre cada uno de los aspectos señalados.

El segundo capítulo trata sobre las obras de Arquígenes (pp. 45-141). El autor confirma la noticia de la *Suda* de que «escribió muchas obras sobre Medicina y Física». Pueden atribuírsele con seguridad al menos 17 títulos, incluyendo cinco cartas (no hay ninguna prueba de que las otras seis de que consta el *corpus* epistolar de Arquígenes pertenezcan realmente a este médico). E. Mavroudis hace un ensayo de clasificación temática de estos títulos de acuerdo con las 'partes' de la medicina aceptadas por la escuela a la que pertenecía Arquígenes, la pneumática. La clasificación va acompañada de un análisis de los testimonios sobre cada una de las obras; también se abordan los problemas relativos a los títulos de éstas y al número de libros de que constaban. Cuando la existencia de datos lo permite, se investiga el contenido y la estructura de las obras (éste es el caso de, por ejemplo, *De pulsibus*).

El tercer capítulo estudia el destino y la transmisión de las obras de Arquígenes, que sólo conocemos de forma fragmentaria e indirecta (pp. 143-227). E. Mavroudis, que incluye valiosas informaciones de médicos árabes y armenios, menciona por primera vez la posible existencia de comentarios sobre *De pulsibus* (aparte, naturalmente, del célebre comentario de Galeno sobre esta obra) y sobre *De locis affectibus*, y aborda la cuestión de si las cartas de Arquígenes circulaban individualmente o en forma de *corpus*. La transmisión de su *Compendio de cirugía* se estudia en combinación con la existencia hipotética de su obra *Cirugía*. La última parte de este capítulo incluye un registro de todos los manuscritos con fragmentos de obras de Arquígenes o con noticias sobre él. De la mayor parte de estos manuscritos se ignoraba que contenían material sobre el célebre médico. Se sigue la siguiente clasificación: a) fragmentos que aparecen en textos anónimos editados; b) fragmentos intercalados en los *Libri medicinales* de Aecio de Amida y que han sido editados en publicaciones especiales o en el aparato crítico de la edición de Aecio, de A. Olivieri; c) capítulos (o

## LIBROS

fragmentos de capítulos) de la obra de Aecio que una parte de la tradición manuscrita atribuye a Arquígenes; d) capítulos de la *Epitome medica* de Pablo de Egina intercalados en la obra de Aecio y que el *codex Vaticanus Palat. graec.* 199 atribuye a Arquígenes.

El cuarto capítulo trata sobre las fuentes de Arquígenes y la relación de su obra con la literatura médica anterior (pp. 229-368). E. Mavroudis, que también aquí ofrece numerosos testimonios desconocidos hasta la fecha, explica en primer lugar los obstáculos de una investigación de este tipo: transmisión fragmentaria de la obra de Arquígenes, límites imprecisos de los fragmentos citados por médicos posteriores, falta de criterios estilísticos, desconocimiento de la época precisa en que ejercieron la mayoría de los médicos mencionados por Arquígenes, problemas de homonimia, falta de ediciones críticas de textos médicos, etc. A continuación, establece la siguiente clasificación: 1º. Médicos que constituyen una fuente genuina de nuestro autor; 2º. Médicos asociados por Arquígenes a un medicamento (tanto si son mencionados expresamente por su nombre como si no); 3º. Médicos cuyos nombres aparecen vinculados al de Arquígenes en autores posteriores (por ejemplo, en Galeno).

Los tres apéndices llevan los siguientes títulos: I. *Escritos atribuidos a Arquígenes por médicos árabes* (págs. 371-380); II. *Escritos atribuidos erróneamente a Arquígenes por investigadores modernos* (págs. 381-386); III. *Escritores antiguos tomados erróneamente por fuentes de Arquígenes* (págs. 387-390).

Aparte de Hipócrates y de Galeno, son muy pocos los médicos de la Antigüedad sobre los que existe una monografía tan exhaustiva y rigurosa como ésta. El libro del profesor E. Mavroudis no debe pasar desapercibido a quien se interese por la historia de la medicina antigua.

José Simón Palmer

FERNANDO COLINA, *El saber delirante*, Madrid, Síntesis, 2001, 158 pp.

Este libro tan breve y atractivo, como claro y lleno de rigor, atraparé a cualquier lector mínimamente curioso; se verá éste recompensado por una obra sutil que, sólo en principio, consta de veinte respuestas a veinte preguntas y un esclarecedor prólogo-ensayo. Pues con sus dispares teselas, que no suelen llegar a las diez páginas, Fernando Colina logra configurar una pieza maestra gracias a su estrategia general, a la densidad nada ostentosa de cada argumentación y a su ir a la raíz de las cosas: al saber y al delirio juntos —lo propio de un *saber delirante*—. Aunque también por separado, ya que se aparta una y otra vez del círculo psiquiátrico o, mejor, incluye ese círculo en otro más vasto, el interpretativo, al que fecunda de paso; y ello aunque sólo aluda al circuito hermenéutico mediante su buceo muy concreto, teórico pero también práctico, en nuestra escisión.

*El saber delirante* es el resultado de una experiencia cumplida y abierta por parte de su autor; por tanto, es efecto de la lenta limpieza, acaso dolorosa, de cortezas o adherencias teóricas, personales o profesionales, hasta llegar en lo posible



a la fibra de las cosas. Es decir, este trabajo —pues es resultado ante todo de una tarea prolongada— tiene una historia: da réplica al devenir de la psiquiatría de los últimos veinticinco años (en los que el progreso «ha sido jurídico y social antes que teórico y clínico», nos dice) y asimismo corresponde a la cronología intelectual de alguien muy atento a la trayectoria de la cultura más reciente.

Poco tiene que ver *El saber delirante* con la forma de su primer libro, *Cinismo, discreción y desconfianza* (1991), algo más con sus *Escritos psicóticos* (1996), sobre todo con los más recientes de ellos. Sin embargo, nada de lo que exponía por entonces es ajeno a lo que ahora leemos, si bien la transparencia de este nuevo escrito (menos arisco y, en el fondo, menos desesperadamente afirmador que antes) significa una mirada más fluida y vacilante, menos oculta y desconcertante que en los anteriores. Repasemos ejemplos fundamentales de su temática. En la parte sobre la división, de su libro de 1991, dedica unas páginas a la «perspicacia del cuerpo», y el autor glosa, en suma, la idea nietzscheana de que «grande es tu cuerpo y la magna razón, que no dicen pero que obran como yo». De la mano siempre ahí de Nietzsche, se adentra en ese *cuerpo que habla* y que le sirve para anular, por ende, el dualismo físico-psíquico. Por otro lado, en sus textos recopilados en 1996 nos habla Colina de que el psicótico tiene la «potestad, entre otras, de arrastrarnos a un cara a cara con la contradicción,... contradicción en carne viva», así que en todo ese deambular suyo con el loco revisa las fronteras de la psicopatología, resalta el borde que existe entre especulación y delirio, gira en torno a la máscara ocultadora —pero no oculta— del desvarío o a su oscuridad esencial, así como a las paradojas de una historia no histórica de la locura, y se adentra, por añadidura, en el vasto territorio de la tristeza cuyo vínculo secular con la locura ha venido, a su juicio, atenuándose.

En *El saber delirante* —que sigue siendo un deseo de estar a la altura del psicótico— se concentra más ordenadamente en los problemas de la *división* sin agobiarnos nunca. Por supuesto que su disposición, en apariencia férrea, es más bien un mecanismo de ataque y defensa: una gradación de preguntas deja menos resquicios a la gélida inmunidad de la psicofarmacología. Por el contrario —y considerando que la tristeza y la escisión no se alojan en una esfera neutra—, la palabra puede, así, correr de nuevo fuera de los surcos menos atractivos del presente, sin olvidar sus respuestas posibles a todos los flancos y sin ocultarnos ciertos montículos desde donde él avizora la división mental.

Nada mejor que enumerarlos. *El saber delirante* se abre, tras la introducción, con el problema de las lindes —la posible definición, clasificación y fronteras del delirio—, que pone en evidencia el caos de nuestro lenguaje, ordinario o no, sobre la locura. Le siguen dos extremos clave —el lenguaje y la angustia—, que en absoluto se reducen a instrumento el uno y a objeto la otra. Este polo inestable es el frente que le permite iniciar su verdadero recorrido con el automatismo mental y con lo que denomina, felizmente, el automatismo carnal, en el sentido antes aludido. Tras hablar del problema tan confuso de la alucinación, se centra ya en el delirio. Aborda su trasfondo lógico, su racionalidad acomodada a necesidades nuevas, por ejemplo la de no abandonar de buen grado los síntomas que la evidencian. Por otro lado, mientras que el trasfondo delirante de la 'normalidad' hace discretas apariciones, la idea de lengua universal, tan lógica en apariencia, surge incluso como el paraíso que podría acogerle. Asimismo destaca la dificultad para mentir propia del psicótico, pues él «está atiborrado de verdad» —su verdad «proclama que el infierno que le abate proviene de unos antecedentes igualmente infernales»—, ha de captarse analizando la posible identificación del delirante con su propio producto tan *verdadero*. Su trato con el delirio, viene a decir Colina, condiciona nuestro trato con él.

Un paso más lejos en esta línea supone la cuestión sobre el escondimiento del delirio, uno de los aspectos más abordados por Colina en sus trabajos, con lo cual desemboca en un plano esencial, que es el del origen —las condiciones de posibilidad— del delirio: pues todo arranca de un poco desconocido, pero nunca olvidable, *saber de la oscuridad*. De ahí, como nos sugiere, las ideas de eternidad y del instante que le rondan especialmente al delirante, de ahí su exigente compulsión a escribir, acaso para ausentarse, de ahí su enredo a la vez que satisfacción con el poderío así como el acoso por parte de la culpa que él experimenta. Colina finaliza su zigzag en *el saber delirante*

## LIBROS

hablando (escribiendo) sobre la exclusión que origina la locura, como un raro modo de amor y de amistad en suspenso, solitario y absorbente (pues sucede que «el delirante es un loco de la memoria»). A modo de epílogo, el libro se cierra, o más bien se abre, con la idea de «asesinato del alma» que, según el autor, sería un delito específico de la modernidad.

Toda su *interpretación* nos remite a tres cuestiones teóricas con las que se abre *El saber delirante* —síntoma, lenguaje, historia— y dada la imposibilidad de repetir su ritmo y su tipo de análisis, las formularemos en paralelo y con pocas palabras. Sobre el *síntoma* en general, sólo apelaremos aquí a la contienda, esto es, a la exigencia imperiosa de hacer frente a otra persona, si no queremos renunciar a lo que en verdad merece la pena: a «los contenidos medulares de la disciplina» que permiten escuchar al delirante. Pero como no basta con mirarnos fijamente y como, además, nuestra ocupación fundamental, al parecer, es la de hablar, todo nos remite a *estar en el lenguaje* para ser capaces de hablarle y, acaso, de entenderle.

Ahora bien, la consciencia lingüística se desarrolla tanto *con* el síntoma (que revelaría, a la vez, «carencia e intensidad», según Colina) y *ante* el síntoma: lo primero nos confronta siempre con una exigencia imperiosa de saturación, y lo segundo con un aplazamiento constante de la legibilidad. Por un lado, pues, el hablar significa soportar lo dicho por alguien dentro de uno mismo pero que se halla tan fuera de uno mismo como una voz externa; por otro, el arte de comprender —el nuestro, el de él— está relacionado con lo incomprensible y también con la comprensión de todo lo que en nuestra economía mental hay de desconcertante.

En fin, a la significativa cita nietzscheana que recoge Colina —«el rasgo más característico del hombre moderno es el singular contraste entre un interior al que no corresponde ningún exterior y un exterior al que no corresponde ningún interior»— podemos añadir otra, de *La Gaya Ciencia*, que nos permite situar sus referencias a la historia, a la vez familiares y extrañas, así como comprender esa referencia al asesinato del alma tan propio de lo moderno. Nietzsche hablaba allí de la *buena voluntad de la apariencia*, y añadía que este giro significa que «la historia es un depósito de apariencias que no sólo no violenta lo que se llamaría genuina esencia de la individualidad sino que la constituye». Consultando, a la par, las páginas de esa gran figura desgarrada del pensamiento, encajan a la perfección los meandros de *El saber delirante*, pues delirio y quiebro verbal, lógica extrema y valor del instante, poder y eternidad, se enlazan en la obra nietzscheana como la palabra *origen* (tan bien abordada por Colina), o como sus instrucciones para evitar el abuso de la historia. Pero nada hay de embeleso hacia sus ideas consagradas, por ejemplo ante la de eterno retorno, que tanta inquietud suscita; pues Colina recuerda que la repetición tiene en el delirante también un rostro siniestro: «la monotonía, la falta de proyectos, la reiteración, la animalidad, la reclusión en lo inerte y vegetativo, la separación de la historia, la fijación o la simbiosis con las cosas o los seres».

Y es que Nietzsche no explica este libro, desde luego. Aunque figure en su portada, también podría haber aparecido Artaud o quizá cualquier anónimo schreberiano, por no incluir a los posibles delirantes: todos nosotros, los llamados humanos.

Mauricio Jalón

IVÁN MOLINA JIMÉNEZ. *La ciudad de los monos. Roberto Brenes Mesén, los católicos heredianos y el conflicto cultural de 1907 en Costa Rica*. San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica y Editorial de la Universidad Nacional, 2001, 253 pp.



Es indudable que el establecimiento de la teoría darwinista como la explicación del devenir evolutivo de los organismos, trajo consigo un debate en la comunidad naturalista a fines del siglo XIX y principios del XX que concluyó con el establecimiento de la síntesis evolutiva en la década de los 40, abriendo el campo a nuevos derroteros de investigación.

Fue la misma capacidad explicativa de la teoría de la selección natural lo que posibilitó su penetración en un tópico clave: la definición de lo humano y de la humanidad, que ahora podía explicarse por causas naturales y encontrarse inmersa en la perspectiva de la transformación biológica, chocando con la visión creacionista y antropocéntrica tradicional, y, por ende, generando amplias repercusiones en los ámbitos social y cultural.

Particularmente en Iberoamérica, la importancia de estos debates ha moldeado a las comunidades de naturalistas locales; además de influir tanto en los sectores ilustrados de la sociedad como también en la percepción que el común de los habitantes tiene sobre la teoría evolutiva.

Estos temas de estudio lentamente han ganado terreno entre los estudiosos de la historia de la ciencia en la región, como lo ha demostrado, por señalar un ejemplo reciente, la realización en 1998 y en el 2001 de los simposios auspiciados principalmente por el CSIC (España) y la UNAM (México) cuyo tema central ha sido la recepción y el desarrollo de la teoría darwinista entre los países iberoamericanos (T.F. Glick, R. Ruiz y M.A. Puig (eds.), *El Darwinismo en España e Iberoamérica*, México, UNAM-CSIC-Doce Calles, 1999). Sin embargo, esta veta de trabajo se encuentra lejos de agotarse, ya que aun faltan por desarrollar los estudios en varios países del área, para construir una imagen comparativa sobre el desenvolvimiento de esta teoría, tanto en la esfera social como en la científica, en sociedades que comparten de forma mayoritaria el idioma, además de sus antecedentes histórico-culturales. En esta perspectiva, una importante adición a nuestro conocimiento lo constituye el libro de Molina Jiménez, donde se revisa el caso sucedido en la ciudad de Heredia, Costa Rica, a principios del siglo XX. Hasta donde se conoce en el género del darwinismo iberoamericano, este es el primer estudio que se conoce sobre este país.

El libro se estructura en 10 capítulos escritos de forma directa; adicionalmente se proporciona una cronología detallada de los acontecimientos, que abarca desde 1904 hasta 1909, fecha en la que para efectos prácticos se considera concluido el episodio. En la bibliografía, además de los libros originales de la época, se indican otras fuentes primarias en las que se basó el trabajo, que incluyen opúsculos y periódicos de la época, ya que particularmente estos últimos jugaron un papel fundamental como tribunas de difusión de los planteamientos expuestos por los actores del conflicto. Finalmente, se encuentra un anexo con fragmentos de algunas obras, relatos o poemas, que hacen referencia al tema que se analiza. Como puntos extremos de la discusión en este último terreno destacan los textos titulados: *Profecía de Lázaro* y *A Carlos Darwin*, ya que sus contenidos se dirigen en contra de los personajes a que se hace referencia en el título.

En el libro se describe el conflicto local que se genera en el Liceo de Heredia, al denunciarse por algunos alumnos, maestros e integrantes de la jerarquía católica que se imparte darwinismo en ese centro. Sin embargo esta enseñanza al parecer era un tanto ingenua, como se puede observar en el testimonio de una alumna que asistió a la clase donde se hizo referencia a la teoría en dicho colegio:

## LIBROS

«que el señor Orozco manifestó además, que el hombre de los tiempos primitivos estaba cubierto de vello y al decirle un alumno que él no creía en esas cosas dijo: que el que quiera creer que creyera y que si la humanidad no estuviera vestida podría convencerse de lo que exponía» (p.29).

La respuesta obtenida es una serie de cartas y escritos en la prensa local, que desembocan en un proceso judicial, siendo este el mecanismo que dispara una confrontación que llega a tener alcances nacionales. El análisis que se desarrolla permite observar las tramas ideológicas y culturales que influyen en el curso del conflicto, entre las que se encuentran: el debate sobre una educación con influencia laica o religiosa; la moral que postula cada bando y su práctica real; la lucha entre masonería y cristianismo; las relaciones entre prensa y sociedad; la lucha por acrecentar el prestigio individual, vinculado a proyectos culturales que busca ganar el apoyo de sectores de la sociedad costarricense.

En esta perspectiva, el libro no aborda en forma directa el impacto que este debate pudo haber tenido entre la comunidad científica de la época, cuya composición e influencia nos es prácticamente desconocida, aunque es muy probable que fuese similar a la de otros países latinoamericanos, compuesta de médicos, abogados y profesores, con cierto interés por recopilar la información naturalista. Mas el libro solo nos deja entrever que circulaban entre ellos algunos textos de factura reciente, como se puede inferir a partir de la mención aislada de un texto de Weismann. Sería deseable que en el futuro se contara con un estudio particular sobre la comunidad naturalista costarricense.

Pero si bien todos estos elementos se observan claramente, el tema principal corre a través de la educación y la fuerte disputa que existe para dominarla entre los bandos católicos y liberal. Los primeros buscan recuperar el terreno perdido durante la promulgación de las leyes anticlericales y de la reforma escolar, entre 1880 y 1890. En este sentido, el tema puede verse a través de la tesis que ha sustentado en varios de sus trabajos uno de los principales historiadores del darwinismo, Peter Bowler (*Life's splendid drama. Evolutionary biology and the reconstruction of life's ancestry (1860-1940)*, Chicago, University Press, 1996), quien ha señalado que la difusión del darwinismo por parte de los círculos liberales, era más una herramienta de lucha en contra del sistema conservador que un genuino compromiso por comprender y apoyar la teoría evolutiva con todas sus implicaciones biológicas.

El caso de Heredia confirma claramente que, en los países iberoamericanos, el debate sobre el darwinismo se convirtió en una arena más de la disputa ideológica, política y que su reivindicación es un componente más del proyecto cultural de los círculos gobernantes. Además, en este caso, Jiménez nos explica los tres elementos particulares que sustentan la férrea defensa del Liceo de Heredia y de su enseñanza por parte de los círculos liberales. El primero estaba directamente relacionada con la inserción institucional exitosa que había tenido su director Brenes Mesén, y en la que se sentían representados. El segundo es que veían como una amenaza a sus expectativas laborales y económicas la actitud de la iglesia católica por recuperar sus espacios en el aparato escolar, mientras que el tercero, y derivado del anterior, es que una mayor influencia de la iglesia limitaba su posibilidad de promover un proyecto que, según ellos, salvara y redimiera a la nación mediante la erradicación de la ignorancia popular.

Estas acciones, también eran aprovechadas por algunos sectores para insistir en el regreso de la educación religiosa, argumentando daños morales en los menores y en la familia. Así, encontramos en el texto el testimonio de un padre que se siente agraviado por la difusión de la teoría evolutiva, atribuyéndole un posible distanciamiento intrafamiliar al diversificarse las ideas sobre la religión: «era probable que en el Colegio se había hablado sobre la teoría de Darwin, pues sus hijos Filiberto y Nilo, el primero que estuvo en el Colegio y el segundo que está aún en el cuarto año, le sostenían tal doctrina, habiendo tenido con ellos algunas discusiones á este respecto, tratando de hacerlos desistir de su creencia» (p.193)

Visto desde la perspectiva iberoamericana, el tema abordado por Molina Jiménez no queda reducido a un mero episodio local, esta escaramuza del darwinismo tiene muchas similitudes con lo

## LIBROS

que ha sucedido en otros países de la región, pero también preserva su vigencia como un episodio del que todavía se pueden sacar lecciones para la actualidad. Baste recordar que todavía en 1999 el Departamento de Educación en Kansas, Estados Unidos, estableció un acuerdo para limitar la enseñanza de la teoría de la evolución en los salones de clase de su localidad y pretender que se incluyeran otras visiones acerca de la evolución, que estaban ligadas a diversas concepciones creacionistas, incluida la religiosa.

Dicho acuerdo debió ser revocado dado el fuerte reclamo de las principales instituciones científicas de esa nación, así como al debate social que generó dentro y fuera de sus fronteras; aunque tampoco puede descartarse que el tema se estaba convirtiendo en un factor que comenzó a influir en las campañas presidenciales que se desarrollaban en ese momento y para el que los candidatos no tenían o no querían expresar todavía su opinión.

La teoría darwinista es una de las pocas que ha sobrevivido desde mediados del siglo XIX y que se mantiene en pleno dinamismo, para ello ha debido estar en prueba continua, alimentándose y ajustándose a la producción de nuevos conocimientos, pero también ampliando su poder explicativo sobre los fenómenos de la naturaleza. Tal vez sean estos elementos los que causen mayor sorpresa entre sus detractores. Pero también lo es que, a nivel social y cultural, continuamente nos recuerda nuestro origen animal, aspecto que no siempre será plenamente aceptado, convirtiéndolo de manera periódica en un tema sensible y actual.

Eduardo Corona-M.

*Fasciculo de Medicina in Volgare*. Venezia, Giovanni e Gregorio De Gregori, 1494. Vol. I, *Facsimile dell'esemplare conservato presso la Biblioteca del Centro per la storia dell'Università di Padova*, 52 pp. Vol. II, Tiziana Pesenti, *Il «Fasciculus medicinae» ovvero le metamorfosi del libro umanistico*, Treviso, Università degli Studi di Padova/Edizioni Antilia, 2001, XXII + 217 pp.



Bajo los auspicios del Centro para la Historia de la Universidad de Padua, se edita en dos volúmenes un cuidado facsimil del *Fasciculo de Medicina in Volgare* y un amplio estudio sobre esta obra realizado por la profesora de la Universidad de «La Sapienza» (Roma), Tiziana Pesenti.

El *Fasciculo de Medicina in Volgare* fue editado por Giovanni y Gregorio De Gregori en 1494 y ha sido considerado una de las obras más bellas producidas en las prensas del Quattrocento veneciano. La obra es una traducción al italiano que amplía lo contenido en la *editio princeps* de 1491 de una compilación en latín que bajo el nombre de *Fasciculus medicine*, incluía distintos tratados médicos breves acompañados de ilustraciones. Karl Sudhoff que ya había popularizado la llamada *Fünfbilder-serie*, como representación mnemotécnica y esquemática del hombre óseo, muscular, venoso, arterial y nervioso, había localizado en numerosos manuscritos otra serie, también de cinco figuras, que representaban no ya anatomía, sino patología. Esta



serie, acompañada de un diagrama sobre las orinas, constituyó el núcleo de lo que la imprenta popularizó como *Fasciculus medicinae*. El estudio de Sudhoff sirvió como introducción a la edición facsimilar del *Fasciculus* realizada en 1923 como volumen que inauguraba la colección *Monumenta Medica* dirigida por Henry E. Sigerist. A este volumen, le siguió la edición facsimilar del *Fasciculus de Medicina in Volgare* de 1494 con una amplia introducción de Charles Singer. Con estos dos prestigiosos antecedentes, Tiziana Pesenti se acerca no sólo a la tradición manuscrita propia de la compilación atribuida a Iohannes Ketham o a Pietro da Montagna, según distintas tradiciones textuales e historiográficas, sino que traza con detalle la historia individual de cada uno de sus componentes. El estudio de la tradición manuscrita de textos e imágenes, es ilustrado por un manuscrito de origen alemán, no tenido en cuenta por Sudhoff, el manuscrito de la Biblioteca Vaticana, Vat. Pal. 1325.

El primer tratadito que analiza Pesenti, está esquematizado en la figura del «uomo delle malattie». Se trata de un listado de enfermedades con una pequeña descripción. La figura del «hombre de las enfermedades» tendría escritas en distintas partes de su cuerpo las distintas enfermedades que por orden alfabético recoge el texto, desde la alopecia al vértigo. El segundo tratado se ilustra con una herramienta diagnóstica muy útil, una carta de orinas dispuestas cromáticamente en sentido circular del blanco al negro. El tercer componente del compendio es un tratado sobre las enfermedades de las mujeres y es ilustrado con una mujer embarazada que, a diferencia del «hombre de las enfermedades», muestra sus órganos internos. El cuarto tratado que conforma el compendio, es un breve escrito sobre la práctica de la flebotomía. Escrito que relaciona, como era canónico, enfermedad, lugar del cuerpo donde practicar la incisión, estación del año, día del mes lunar y hora del día, lo que tiene expresión en la figura que ilustra el texto. En ocasiones, la ilustración del «uomo dei salassi» se combina, acompaña o es sustituida por otra figura y un pequeño texto explicativo, que representa al hombre zodiacal, útil como recordatorio de los momentos más apropiados para la flebotomía o para el uso de purgantes. La última imagen que aparece en el Vat. Pal. 1325, es la de un hombre atravesado por todo tipo de armas y objetos puntiagudos y cortantes, se trata del «uomo delle ferite» que se acompaña de una serie de recomendaciones de carácter quirúrgico. La cuidadosa reproducción que se incluye en esta edición (p. 28 tablas I-VI) permite disfrutar del detalle y color de las distintas imágenes. Esta combinación de los seis textos y seis ilustraciones no fue muy frecuente encontrarla completa en la tradición manuscrita.

Cada uno de estos pequeños tratados tuvo una vida propia independiente, siempre sin título y sin adscripción a un autor. Fue en la *editio princeps* de 1491 donde encontramos reunido el conjunto bajo la autoría de Iohannes de Ketham. Tiziana Pesenti revisa esta adscripción y concluye que muy probablemente Ketham no sea el autor, sino el propietario del manuscrito, hoy perdido, que sirvió de base al incunable. La discusión sobre la atribución de la autoría a Pietro da Montagnana es analizada extensamente en la tercera parte del estudio presentando una conmovedora historia de persistencia secular, en la historiografía italiana, de un personaje inventado. Aunque es muy interesante el recorrido por los distintos vericuetos historiográficos que debaten la autoría, más lo va a ser el análisis que presenta Pesenti sobre la labor de Giorgio dal Montferrato, médico, responsable de la revisión crítica del texto impreso. La labor de Montferrato va a tener que ver, no sólo con un trabajo de corrección filológico sino, fundamentalmente, con un trabajo de transformación del manuscrito original en un producto nuevo diseñado para un público concreto. La colección de escritos y figuras que tenían un claro acento práctico en la tradición manuscrita, va a ser dotada, gracias a la labor de Montferrato, de un aparato crítico, que a través de la minuciosa reconstrucción de citas y autoridades va a permitir que la colección sea reconocida como propia por el público universitario, potencial mercado de esta aventura editorial. Pesenti sugiere de una manera muy convincente, que este ejercicio de metamorfosis, mediado por Montferrato entre el manuscrito y el *Fasciculus*, va a ser responsable también de los pequeños cambios que aparecen en las figuras de la mujer grávida y la rueda de orinas que son corregidas desde dos textos universitarios, la *Anathomia*

de Mondino y uno de los componentes de la *Articella*, el *De Urinis*. La tradición manuscrita así modificada se complementa, por razones de economía editorial, en la edición de 1491 con un pequeño tratado sobre la peste: el *Consilium pro peste evitanda* de Pietro da Tossignano y juntos conforman el *Fasciculus Medicine* que imprimieron en Venecia los hermanos De Gregori como parte del nuevo rumbo comercial que estaba tomando su empresa. A la luz de las más recientes investigaciones sobre el negocio del manuscrito y el libro impreso, Pesenti enmarca de una manera muy atractiva el significado empresarial de la producción del *Fasciculus*. Tres años después de la *editio princeps* de 1491, los hermanos De Gregori editan la traducción italiana, encargada a Sebastiano Manilio, de esta colección.

¿Por qué traducirla al italiano? Con esta pregunta, abre Tiziana Pesenti la tercera parte de su estudio que entra de lleno en una de las temáticas que mayor actualidad tiene en los estudios de la ciencia y de la medicina medievales. Las nuevas investigaciones sobre las relaciones de los tratados médicos medievales con su público, el papel del paciente como consumidor y agente de conocimientos y prácticas médicas, la compleja relación entre las lenguas vernáculas y el latín, entre el mercado de manuscritos y la producción y comercio de impresos y, en general, los trabajos sobre la enseñanza y difusión de la medicina dentro y fuera de las universidades, proporcionan un marco teórico refrescante al análisis que ofrece Pesenti sobre el *Fasciculus de Medicina in Volgare* de 1494. El contenido del *Fasciculus* se separa del original latino. El orden de los tratados varía, se incluye un listado de treinta y siete recetas que acompaña al hombre de las heridas, y acaba la colección con una breve referencia a simples tomados del pseudo-Alberto *Liber aggregationis*. Mayores diferencias encontramos en la iconografía. Además de cambios en las figuras estándar de la edición de 1491, se incluyen tres nuevas figuras que ya no son esquemas demostrativos, sino que reproducen con el mayor naturalismo escenas de la docencia y práctica médicas: Petrus de Montagnana, una consulta de uroscopia y la visita al enfermo de peste. Pero, quizás, lo más sorprendente y lo que realmente modifica la naturaleza de todo el conjunto y convierte a la edición en vernácula en algo distinto a la edición latina, es el hecho de que el compendio incorpore una traducción italiana de la *Anathomia* de Mondino. Esta traducción viene ilustrada con una cuidada escena anatómica, coloreada en algunos ejemplares, que reproduce el procedimiento fijado en 1465 por los estatutos de la universidad de Padua para llevar a cabo la disección anual. Hay una estudiada continuidad entre esta ilustración y las tres nuevas xilografías incluidas en el *Fasciculus* y Tiziana Pesenti detecta de una manera muy inteligente, el discurso figurativo unitario que las envuelve y que tiene como tema central la imagen del médico. El estudio acaba con una breve historia de las sucesivas ediciones de esta colección y su traducción a otras lenguas —es particularmente interesante su fortuna en las prensas castellanas— y con una invitación a seguir indagando sobre el público que anheló poseer y disfrutó de este «bel libro illustrato» desde el siglo XV. La belleza del facsímil unida al penetrante análisis que realiza Tiziana Pesenti desde la pasión más absoluta por los manuscritos y los libros de las prensas renacentistas, hacen de estos dos volúmenes una obra de disfrute y lectura muy recomendable.

Fernando Salmón

## LIBROS

ANTONIO PIÑERO (ed.), *En la frontera de lo imposible. Magos, médicos y taumaturgos en el Mediterráneo antiguo en tiempos del Nuevo Testamento*, Córdoba, El Almendro, 2001, 348 pp.

Siempre se ha dicho que los conceptos de *magia*, *milagro* y *medicina* estaban profundamente ligados en las sociedades del mundo antiguo. Y parece que así fue. Desde Epidauro hasta Lourdes, nos temblaría bastante la mano si intentásemos trazar con el dedo una frontera definida que delimitase, sin zonas de penumbra, el terreno que es propio a cada uno de estos tres procedimientos de curación. En los orígenes de la medicina mediterránea, los templos de Asclepio son, quizá, el referente más aducido para ejemplificar tal amalgama de intenciones terapéuticas. Ciertamente no es el único: en los textos de la tradición bíblica es posible detectar situaciones de enfermedad que se afrontan en un contexto religioso o a las que se añade a veces cierto componente mágico. En cualquier caso, la dificultad que experimentamos ante un relato de curación prodigiosa para deslindar la actividad médica de su componente milagroso o mágico, no puede ser nunca una disculpa para desistir de un estudio más profundo.

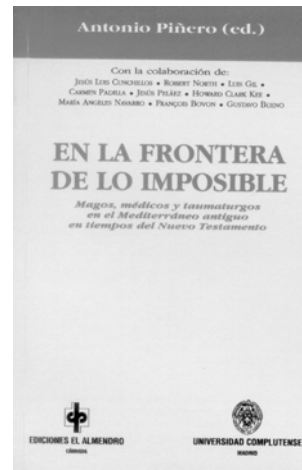
Fruto de un curso de verano de la Universidad Complutense en Almería, *En la frontera de lo imposible* es la crónica de un esfuerzo colectivo y decidido por desentrañar un tema complejo en el ámbito, también complejo, del cristianismo naciente. La tarea pasa necesariamente por definir de modo preciso qué entendemos por *magia*, por *milagro* y por *medicina* y, lo que resulta aún más difícil, aclarar el verdadero sentido de estos términos en las sociedades del Mediterráneo antiguo.

El capítulo inicial, a cargo de Jesús Luis Cunchillos, bien merece una lectura sosegada. Ser experto en lengua y literatura cananeas en un país como el nuestro, de tan escasa tradición orientalista, es ya un mérito innegable. Con generosidad de ejemplos documentales, el profesor Cunchillos repasa los referentes mágicos y médicos que recogen las tablillas de Ugarit, analiza la influencia de la cultura cananea (o semítica noroccidental, si somos precisos) en la tradición hebrea de la que luego surgirá el cristianismo y nos proporciona con ello las claves originales y originarias para abordar el problema con suficiente perspectiva histórica. No en vano, nuestra propia cultura hispánica es doblemente fenicia: primero porque desde el siglo VIII a. C. no somos más que una prolongación occidental (comercial y costera) del mundo cananeo y, en segundo lugar, porque la tradición bíblica que recibimos con el cristianismo está llena de esencias y herencias cananeas.

Aunque la antigua legislación de Israel prohíbe expresamente la magia, son numerosas las referencias veterotestamentarias en las que aparecen elementos, actos o rituales de tipo mágico. Antonio Piñero, profesor de la Universidad Complutense de Madrid y editor de este trabajo colectivo, los analiza y trata de explicar su particular desarrollo ulterior con respecto a otras religiones vecinas del Medio Oriente.

Los aspectos médicos del *Antiguo Testamento* los aborda el profesor Robert North, del Pontificio Instituto Bíblico de Roma. Repasa para ello algunas de las entidades nosológicas más comunes en la literatura bíblica, los remedios para afrontarlas y el papel del médico en la antigua sociedad hebrea, engrandecido por la imagen de un dios, Yahvé, que se presenta también a sí mismo como el médico o el sanador de su pueblo.

La mentalidad helenística es la vía cultural de interpretación por la que nos ha llegado el cristianismo. Luis Gil disecciona hasta donde es posible los intrincados conceptos de *magia*, *medicina*



## LIBROS

y *religión* en el mundo griego, analizando sus múltiples conexiones y poniendo de manifiesto también sus divergencias más evidentes. Después de leer este trabajo, el clásico esquema evolutivo de Taylor y Frazer, al que solemos recurrir con fines didácticos, nos parecerá ahora excesivamente simplista.

Carmen Padilla, de la Universidad de Córdoba, nos acerca a la personalidad histórica de Apolonio de Tiana, filósofo neopitagórico y predicador ambulante, una figura controvertida que conocemos por los escritos de Filóstrato de Lemnos y en el que la condición de mago, médico y taumaturgo se conjugan de forma inextricable en su actividad sanadora.

El estudio de Jesús Peláez sobre la historicidad de los milagros de Jesús de Nazaret toma como referencia los denominados Evangelios sinópticos (los de Mateo, Marcos y Lucas). Incluye un recorrido por el concepto y el sentido del término *milagro*, primero en el pensamiento teológico más fideísta de Agustín de Hipona y Tomás de Aquino y luego en el más racionalista y actual de R. Bultmann. A la luz de la medicina popular, Luis Gil completa esta visión de las curaciones milagrosas del *Nuevo Testamento*, acercándonos a algunas patologías como la lepra, la ceguera o la fiebre y a la concepción que de ellas se tenía en la Palestina fuertemente helenizada de la época. Tanto el lector creyente como el no creyente encontrarán en estos dos capítulos claves interesantes para la interpretación de unos textos donde lo alegórico, lo simbólico y la intención apologética tienen su particular peso específico.

Howard Clarck Kee, profesor de la Universidad de Pensilvania y conocido autor de la obra *Medicine, miracle and magic in New Testament times* (Cambridge University Press, 1986), valora en su justa medida el aparente trasfondo mágico que parece persistir en algunos pasajes del *Nuevo Testamento*, particularmente en los *Hechos de los Apóstoles*. Comparado con otros textos grecorromanos de la época y con el *Sepher-ha Razim (El libro de los misterios)*, el *Nuevo Testamento* revela formas de religiosidad más evolucionadas, donde la curación milagrosa no es más que un símbolo secundario de una curación más radical operada en el espíritu del hombre y donde la divinidad no se deja manipular mágicamente para atender fines privados.

Por su parte, Ángeles Navarro analiza también los conceptos de magia, medicina y milagro en el *Talmud*, los textos normativos del judaísmo postbíblico. Aunque la medicina talmúdica quedó bastante ensombrecida por el brillo de la autoridad de Galeno, la autora documenta con numerosos ejemplos la persistencia de elementos mágicos y milagrosos en la literatura y la sociedad del judaísmo postbíblico de los siglos II al V.

Por último, François Bovon, profesor en Harvard y conocido experto en apócrifos neotestamentarios, le sigue el rastro a las curaciones milagrosas de los *Hechos apócrifos de los Apóstoles*, donde el elemento mágico sí se muestra mucho más presente que en las versiones canónicas de este mismo texto. Un apéndice a cargo de Gustavo Bueno sobre los aspectos filosóficos de la terminología y unas oportunas palabras de Antonio Piñero a modo de reflexión final, cierran el libro.

*En la frontera de lo imposible* reúne, a mi juicio, tres motivos de interés, que hacen triplemente provechosa su lectura. La erudición que destilan sus páginas y los curiosos textos documentales que la acompañan son sólo dos de ellos. El tercero está escrito entre líneas y es una lección de honestidad científica al afrontar cuestiones que, por formar parte de nuestra propia cultura religiosa, corren el riesgo de tratarse desde posturas falsamente apologéticas o abiertamente demagógicas. Sólo un esfuerzo colectivo como éste garantiza la perspectiva necesaria para aportar alguna luz de novedad sobre un tema tan antiguo.

Juan V. Fernández de la Gala

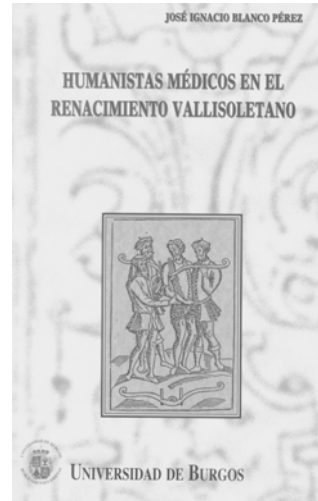
## LIBROS

JOSÉ IGNACIO BLANCO PÉREZ, *Humanistas médicos en el Renacimiento vallisoletano*, Burgos, Universidad de Burgos, 1999, 232 pp.

La presente monografía, salida de la Tesis Doctoral del autor, constituye una nueva y rica aportación al panorama del humanismo médico que animó las universidades hispanas del Renacimiento. La obra se suma, de esta forma, a los magníficos textos que en su día publicaron las profesoras Martín Ferreira y Pérez Ibáñez sobre el humanismo médico en las Universidades de Alcalá y Salamanca, respectivamente, así como a la Tesis Doctoral —que me consta se publicará en breve— de la profesora Santamaría Hernández sobre idéntico fenómeno en la Universidad de Valencia. Con todos estos trabajos, pues, tenemos ya un panorama completo de lo que fue ese rico movimiento cultural y educativo europeo en España, que permitirá valorar en sus justos límites y alcances la importancia de la filología en la ciencia y, más concretamente, en la medicina del Renacimiento hispano. Las monografías referidas fueron, todas ellas, Tesis Doctorales dirigidas por el profesor Enrique Montero Cartelle, que ha logrado constituir un equipo de investigación (con nombre arnaldiano: *Speculum medicinae*) de competencia reconocida internacionalmente para el ámbito de la medicina latina y, sobre todo, del denominado humanismo médico renacentista.

La obra del profesor Blanco Pérez, como decíamos, se funda en el estudio filológico de los médicos humanistas pertenecientes, por formación o docencia, a la Universidad de Valladolid. El autor parte de una afirmación extendida entre los estudiosos que, aguda y documentadamente, trata de matizar como conviene: si la Universidad de Valladolid se caracterizó, en términos generales, por cierta cerrazón a los nuevos vientos del humanismo europeo, no quiere ello decir que sus miembros continuasen aferrados sin más al escolasticismo, ya que fueron también hijos de su tiempo y, como tales, recibieron de algún modo el influjo de un movimiento que llevaba vigente en Europa desde los albores del siglo XIV. El autor reconoce que la Universidad de Valladolid no fue ejemplo de un humanismo semejante al que pudo darse en Alcalá o Valencia, pero atina cuando describe la situación de la institución vallisoletana y afirma que en ella se respiraba, al menos, un «humanismo ambiental». Podríamos decir que el objetivo de Blanco Pérez es demostrar, desde el estudio filológico, la realidad de ese humanismo ambiental en la obra de los más importantes médicos que pasaron por la Universidad de Valladolid. Se trata de un objetivo que, al concluir la lectura del libro, uno considera perfectamente cumplido.

Para demostrar su propósito el autor va pasando de lo general a lo concreto, en una estructura bien aquilatada que continúa el patrón de los aludidos textos sobre las otras universidades hispanas. Ofrece Blanco Pérez un sucinto marco cultural que nos permite encuadrar su investigación: explica los conceptos de Renacimiento y humanismo, desentraña el movimiento del humanismo médico europeo y español, nos adentra en los entresijos renacentistas de la Universidad vallisoletana y ofrece un elenco más amplio y riguroso de sus máximos representantes médicos que, a la postre, van a configurar los cimientos de su libro. Entre tales autores, Blanco Pérez se ocupa de los más importantes y, sobre todo, de quienes han dejado obra escrita: Bernardino Montaña de Monserrate (que publicó un texto anatómico en castellano), Alfonso de Santa Cruz, Lázaro de Soto, Ildelfonso López Pinciano y, especialmente, Luis Mercado. De todos ellos, en lo que podríamos considerar la primera parte del trabajo, ofrece el autor concisos y precisos datos biográficos y bibliográficos que,



desde el primer momento, manifiestan el enorme trabajo de lectura detenida e inteligente que ha debido llevar a cabo para cumplir con su tarea. De tal lectura, además, el autor obtiene datos y más datos que va ordenando y organizando con un propósito declarado: ponderar y valorar el alcance de tales médicos en el ámbito del humanismo médico español e internacional.

Hay una cuestión que habría que aclarar y que Blanco Pérez, aunque deja que se vislumbre en su obra, no proclama abiertamente. Los autores de Valladolid que podrían encuadrarse en el ámbito del humanismo escriben en la segunda mitad del siglo XVI y, los más importantes, en las últimas décadas y años de la centuria. La principal —aunque no única, es cierto— característica que define a los médicos humanistas es su condición de filólogos, hombres que volvieron directamente a los antiguos para fijar sus textos con fidelidad, comentarlos y traducirlos según unas normas latinas que trataban de saltar por encima del Medioevo y beber directamente de la latinidad clásica. Pero tales médicos filólogos pertenecieron a un tiempo muy concreto que a duras penas sobrepasaba la década de los años sesenta del XVI. Los autores posteriores recibieron su influjo y continuaron su tendencia, pero ya no les preocupaba la medicina en la vertiente filológica, sino la medicina en su aspecto doctrinal, que apoyaban obviamente en la labor crítica de sus predecesores. El humanismo filológico en medicina había terminado y, desde entonces, la tarea fue ya otra. Dicha labor es la que acometen, entre otros muchos, los médicos de Valladolid y, sobre todo, la gran figura europea del momento: Luis Mercado.

En este sentido, Blanco Pérez tiene toda la razón cuando califica de «humanistas ambientales» a los médicos de Valladolid: se sirven de los logros de los humanistas precedentes y los asimilan, pero también van más allá, porque su tarea no se limita a fijar textos, sino a entender en su justa medida unos textos ya fijados. Creo que esta idea es la que pone de manifiesto Blanco Pérez a lo largo de su trabajo: el estudio de los géneros literarios que practicaron todos estos autores, el manejo y valoración de las fuentes que emplearon, el análisis de su competencia lingüística y léxica incide una y otra vez en ese mismo propósito. Los médicos de Valladolid no son humanistas filólogos (de ahí que no practicaran apenas filología *stricto sensu*), pero tienen plena competencia filológica y, lo que es más importante, conciencia de que esa filología se ha convertido en mero instrumento, casi secundario, para su dedicación. Su postura tiene, de algún modo, más amplitud de miras que la de sus predecesores empeñados en la pureza lingüística: éstos tuvieron que dedicarse a ella como reacción ante las «perversiones» medievales, y dejaron listo un *corpus* que después aprovecharon sus herederos, quienes no desdeñaron ese trabajo, como tampoco las buenas aportaciones de los médicos del Medioevo, occidentales o árabes.

Este nuevo estado de cosas se refleja mejor que en cualquier otro autor en el gran Luis Mercado. Su figura ha dado lugar a valoraciones maniqueas, hasta el punto de que algunos han llegado a considerarle el responsable de la restauración del escolasticismo médico. Lo que ciertas obras suyas parece tal (pero que Blanco Pérez se encarga de matizar debidamente: Mercado busca divulgar conocimientos médicos válidos, que tienen tanta base clásica como medieval o árabe, y para ello emplea un latín correcto, aunque no brillante), en otras su actitud constituye una enorme modernidad, como ocurre en muchas de sus monografías (enfermedades de mujeres, educación de los niños...), que anticipan de algún modo la literatura ensayística.

Pero no sólo se trata de Luis Mercado. Los comentarios a Hipócrates de Soto y López Pinciano manifiestan otro tanto, así como los hermosos diálogos sobre melancolía de Alfonso de Santa Cruz, escritos en un latín más literario y en un género muy querido de los humanistas para exponer ideas médicas. Que la obra de Santa Cruz se lea como una pieza de literatura no deja de ser tan sorprendente como el hecho de que, años atrás, Fracastoro escribiera sobre la sífilis en versos latinos. Todos estos médicos, pues, viven en lo que podríamos llamar la maduración del humanismo, que aúna lo mejor de las autoridades médicas (no sólo clásicas, sino también de la Edad Media) y la propia experiencia personal. Su buscado eclecticismo doctrinal se completa con su consciente eclecticismo léxico: como bien demuestra Blanco Pérez (y se aprecia mejor en su Tesis Doctoral y

## LIBROS

en algunos de sus artículos), los médicos adscritos a la Universidad de Valladolid pertenecen a la «línea media» propia de su tiempo, que se aprovecha de las purezas léxicas de sus predecesores, pero retoma también las designaciones medievales con una finalidad evidente: asegurar, en la medida de lo posible, la intelección de sus textos.

La magnífica obra de Blanco Pérez tiene, no obstante, una pega que hay que destacar para que sirva de ejemplo: los muchos textos que aduce para fundamentar sus conclusiones están enteramente en latín, lo que limita en gran medida la lectura de su trabajo, dado el generalizado desconocimiento de la lengua del Lacio que existe en nuestros días. Si se trata de asegurar la intelección de un texto, hay que ceder y seguir ese eclecticismo que tan sabiamente pusieron ya en práctica los autores médicos del último Renacimiento.

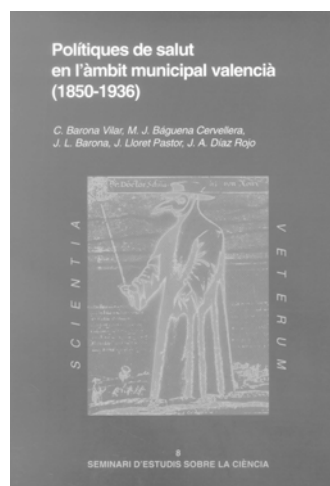
Miguel Ángel González Manjarrés

JOSEP LLUIS BARONA VIDAL (comp.), *Polítiques de salut en l'àmbit municipal valencià (1850-1936). Professionals, lluita antirràbica, higiene dels aliments i divulgació científica*, Valencia, Seminari d'Estudis sobre la Ciència [Colección *Scientia Veterum*], 2000, 217 pp.

La pluralidad de aspectos presentes en el título del libro es el reflejo explícito de los contenidos de los diferentes capítulos, alguno de ellos casi un estudio monográfico no tanto por la extensión sino por la solidez del análisis, realizados respectivamente por C. Barona (profesionales), M. J. Báguena (lucha antirràbica), higiene de los alimentos (J. L. Barona y J. Lloret) y divulgación científica (Díaz Rojo). El denominador común de todos ellos es el abordaje histórico de las políticas de salud en un ámbito geográfico concreto, el valenciano, lo que permite un mayor grado de profundización y engarce con el entorno.

La publicación se inserta en un doble eje: por un lado, hay que verla como uno de los resultados de la importante línea de trabajo del Seminari d'Estudis sobre la Ciència, que ha dado sus frutos en la realización de encuentros científicos periódicos y en la publicación de los resultados de dichas reuniones, a través de las cuales se ha realizado una interesante labor de tipo archivístico y documental junto a estudios históricos que nos han dado a conocer facetas inéditas de la enfermedad y la salud en el ámbito valenciano en el periodo contemporáneo.

El segundo eje de referencia es la propia colección *Scientia Veterum*, donde ha aparecido el libro. Como colección de trabajos dedicados a la historia del pensamiento científico y sus relaciones con la sociedad y la cultura, incluye, como es bien sabido, una serie de «clásicos», que se inició con la obra emblemática de Claude Bernard sobre la medicina experimental y una serie de «monografías», iniciada nada menos que reediciones de trabajos de A.C. Crombie y E.H. Ackerknecht, siendo la última de ésta serie, la que ahora reseñamos. El papel de J. L. Barona en esta doble empresa, ha sido determinante, lo mismo que la participación de Josep Bernabeu, cuya obra *Enfermedad y Población*, publicada en la serie de monografías, constituye un hito en el acercamiento actual de los



## LIBROS

historiadores de la medicina a la demografía y epidemiología históricas. Estas actividades son, por otra parte, un exponente de la rica tradición historiográfica de la escuela valenciana en lo tocante a estudios histórico-sociales sobre la enfermedad, con ejemplos tan importantes en el pasado reciente como la muy citada obra de López Piñero, García Ballester y Faus Sevilla sobre enfermedad y sociedad en la España del siglo XIX.

Las políticas de salud abordadas en los diferentes capítulos se refieren en primer término a los profesionales sanitarios que ejercieron su labor en el ámbito rural valenciano. El capítulo de C. Barona se centra en los mecanismos organizativos de la asistencia domiciliaria desde mediados del siglo XIX a los inicios de la Guerra Civil en 1936, encuadrándolo dentro de la legislación estatal, en especial la Ley de Sanidad de 1855, la Instrucción General de Sanidad de 1904 y la Ley de Bases de Coordinación Sanitaria de la II República. Fuentes impresas como los boletines sanitarios municipales y provinciales, se añan a las fuentes de archivo de tipo provincial de forma muy acertada y permiten entender un tipo de asistencia poco estudiado con anterioridad, en sus detalles concretos como los tipos de remuneración que tuvieron o la propia tipología de dichos profesionales en la práctica. El modelo de acercamiento y el tipo de fuentes utilizadas, abre un abanico de posibilidades para trabajos futuros que nos permitan conocer mejor la organización sanitaria rural española en todas sus dimensiones.

Los acercamientos históricos a las tecnologías médicas están cobrando una importancia creciente en los últimos años y trabajos como el de M. J. Báguena sobre la vacunación antirrábica, son de gran importancia. En el contexto de la introducción y consolidación de la medicina de laboratorio en Valencia, la autora plantea el abanico de estrategias puestas en marcha a nivel local para hacer frente a la enfermedad y, haciendo uso de fuentes de archivo, reconstruye el proceso de creación de los laboratorios municipales, las transformaciones de los laboratorios químicos en bacteriológicos y el tipo de utillaje incorporado. Como segundo elemento, común a este tipo de historiografía sobre tecnologías médicas, se refiere a los cambios en las actividades profesionales creadas justamente alrededor de las nuevas tecnologías.

Los dos capítulos restantes se refieren respectivamente a uno de los apartados más relevantes de la higiene pública, el referido a la higiene de los alimentos y el segundo, a la divulgación científica sanitaria. En el primer caso, Barona y Lloret reconstruyen, con su acostumbrado buen hacer y para el ámbito valenciano, desde las medidas y normativas ordinarias relativas a los alimentos, como las puestas en marcha de forma extraordinaria en el caso de crisis epidémicas, pasando por el tema de los mataderos municipales, al que conceden una importante parte del estudio. Un aspecto cuidadosamente estudiado es el seguimiento que se hace de las medidas legislativas puestas en marcha frente a las epizootias. En su conjunto, el trabajo cubre prácticamente todos los aspectos de esta rama de la higiene pública en el contexto local. Finalmente, la inclusión del capítulo de Díaz Rojo, completa la obra, en este caso utilizando las fuentes literarias —dos obras del médico Giné y Partagás— como subgénero de divulgación científica encuadrándolo en el marco teórico de los nuevos modelos de comunicación científica.

Rosa Ballester



## LIBROS

MERCEDES PASCUAL ARTIAGA, *Fam, malaltia i mort. Alacant i la febre groga de l'any 1804*, Simat de la Valldigna, La Xara (Col·lecció País, número 6), 2000, 181 pp.

En los últimos treinta años, la historia de la fiebre amarilla en España ha sido objeto de numerosos artículos y diversos libros de interés desigual. La mayoría de estos trabajos ha estudiado el impacto en una determinada ciudad —de Andalucía, sobre todo— de alguna de las epidemias que afectaron a la Península Ibérica en el transcurso del siglo XIX. La monografía de Mercedes Pascual Artiaga objeto de esta reseña es, aparentemente, la primera que se publica sobre una epidemia de fiebre amarilla en el País Valenciano, si bien se han realizado varias tesinas inéditas sobre distintas epidemias.

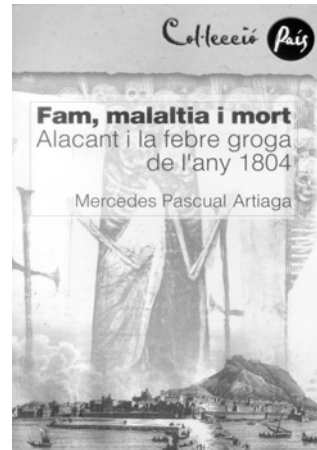
Apoyada en una amplia y expresiva base documental procedente de los archivos históricos municipales de Alicante (libros de actas, sanidad, beneficencia, correspondencia, expedientes, reales provisiones, etc.) y Orihuela (libros de epidemias), provincial de Alicante (protocolos notariales) y de la Real Academia Nacional de Medicina de Madrid (memorias y correspondencia), Pascual Artiaga estudia la epidemia de 1804 en Alicante, contextualizándola en el marco de la crisis agraria, económica y social que a comienzos del siglo XIX afectó a amplias áreas de la geografía peninsular incidiendo de forma muy severa sobre esta ciudad portuaria mediterránea.

*Fam, malaltia i mort* responde a un esquema organizativo estrechamente inspirado en el fructífero modelo para el estudio histórico de las epidemias establecido por la escuela francesa de los *Annales* a partir de los años sesenta. Dividida en tres capítulos, el núcleo de esta monografía lo constituye su extenso capítulo tercero (pp. 53-171), en el que se abordan, de forma sucesiva, las consecuencias demográfico-sanitarias de la epidemia, los discursos médico y político en torno a la misma, y las reacciones de la población frente a ella. Va precedido de un capítulo breve introductorio sobre la fiebre amarilla (pp. 9-17) y de una visión histórica de conjunto sobre la ciudad de Alicante en vísperas de la epidemia, con atención específica a los aspectos geográficos, demográficos, socio-económicos, políticos e higiénico-sanitarios, así como a los recursos asistenciales de carácter material y humano (capítulo 2, pp. 19-52).

Quizás podría haberse recurrido más decididamente al estudio comparado y abordado de forma más analítica y menos presentista el debate médico contemporáneo sobre las causas de la fiebre amarilla. Pero ello no empaña el principal mérito de esta monografía: la redacción de un relato histórico, ágil a la vez que riguroso, de la epidemia de fiebre amarilla de 1804 en Alicante, basado en un excelente manejo de la documentación de archivo y con una atención específica notable a las reacciones de la población ante la epidemia —un aspecto este último, por lo general poco atendido en otros estudios sobre el tema.

De factura editorial modesta pero cuidada, el estudio de Pascual Artiaga constituye, por lo demás, una apreciable contribución a la historia de la fiebre amarilla en España; un apartado de la investigación histórico—médica que, pese al creciente interés suscitado en las últimas décadas, sigue requiriendo una mayor atención, con el fin tanto de rellenar «huecos» aún ostentosos —el caso de Barcelona es quizás el más llamativo—, como de poder acometer en un futuro no lejano la redacción de una síntesis recapituladora de cuanto de nuevo hemos sabido sobre el tema desde la seminal obra *Muerte en España (política y sociedad entre la peste y el cólera)* (Madrid, Seminarios y Ediciones), que los hermanos Peset publicaron en el ya lejano 1972.

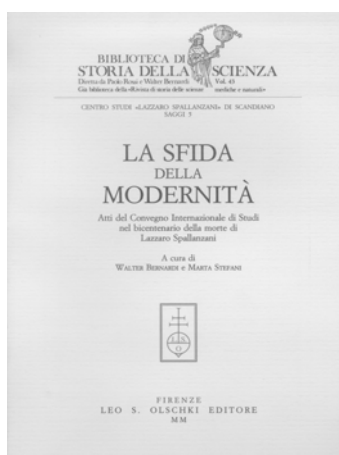
Jon Arrizabalaga



LIBROS

WALTER BERNARDI, MARTA STEFANI (eds.), *La sfida della modernità*, Florencia, Leo S. Olschki, 2000, 440 pp.

CARLO CASTELLANI, *Un itinerario culturale: Lazzaro Spallanzani*, Florencia, Leo S. Olschki, 2001, 257 pp.



En 1799 moría Lazzaro en la ciudad de Pavía y transcurridos doscientos años del óbito se inauguraba una *web-site* conmemorando el bicentenario ([www.spallanzani.it](http://www.spallanzani.it)). De tan internáutica manera el siglo XX honraba al extinto sabio. Por idéntico motivo, el mismo año de 1999 se reunieron en Scandino, su ciudad natal, un grupo de investigadores convocados para reflexionar sobre el pasado de la biología al hilo del homenajeado. *La sfida de la modernità* recoge los trabajos presentados al congreso agrupándolos bajo cuatro epígrafes temáticos: *Tradizione, formazione culturale, didattica; Il contesto storico-scientifico; Chimica e mineralogia; Lingua, ambientazione e interpretazioni della scienza spallanzaniana*.

En el atrio cultural, Dietrich Engelhardt habla de la *Storizzazione della natura nel settecento*. El acento recae sobre el concepto de temporalización de la naturaleza, en la dicotomía que la buffoniana historia de los animales y la lamarckiana historia de la vida representan. A continuación, Dario Generali analiza la influencia que la escuela médica galileiana tuvo

en el modelo experimental spallanzaniano (*La tradizione medica galileiana nel «Grande giornale» e nei «Giornali della generazione» di Spallanzani*); y W. Bernardi valora la participación de Spallanzani en el debate sobre la generación espontánea comparativamente con sus predecesores, coetáneos, y sucesores (Leeuwenhoek y Redi; Needham y Baker; Pasteur), definiéndola como una etapa de transición por su incapacidad ideológica para asumir el reto teórico y práctico que la solución del problema requería (*Spallanzani e la controversia sulla generazione spontanea*). Desde la óptica didáctica Mariafranca Spallanzani valora la tradición literaria del científico, lector entusiasta de la *Encyclopédie* y asiduo escritor del libro sobre la naturaleza a través de sus investigaciones y lecciones universitarias. De su etapa como profesor de física, 1757-69, se ocupa Marta Cavazza (*Spallanzani professore di fisica newtoniana*), subrayando la influencia que la disciplina tendrá en su posterior investigación biológica; y Alessandra Ferraresi, *La historia naturale insegnata*, aborda su papel como profesor de historia natural en la universidad de Pavía (1769-1799), marcando tres líneas directrices: la institucionalización de la disciplina, el conflicto de intereses entre medicina e historia natural, y su rivalidad con el naturalista Antonio Scopoli.

La segunda y tercera partes del libro tienen a la ciencia como único protagonista. El microscopio es un tema recurrente y obligado para analizar la controversia entre Needham y Spallanzani alrededor de la generación espontánea (M. Stefani, *Spallanzani e Needham: due microscopi sul mondo dell'infinitamente piccolo*). Y, siguiendo la microscópica senda de los rotíferos, el recomendable texto de Giulio Barsanti (*Spallanzani e le resurrezioni*), recoge los conceptos de vida e inmortalidad deducidos por Spallanzani en su investigación micrográfica de lo invisible. De la motilidad vegetal se ocupa A. Dini (*Spallanzani e la teoria dell'irritabilità di Haller*); en *Il canone dell'individualità biologica* M<sup>a</sup> Teresa Monti reflexiona sobre el tema de la regeneración animal; y su relación con la arqueología la suscribe M. Ciardi (*Spallanzani, Lechevalier e le rovine di Troia*). En el escenario químico F. Abri conduce la exposición hacia la pneumática y la fisiología de la respiración (*Esalazioni, mofete, aria azotica*); temática que M. Beretta sitúa en el marco de un fluido

## LIBROS

diálogo con Lavoisier, caracterizado por un mutuo intercambio intelectual (*Dalla rigenerazione animale alla fisiologia della respirazione*). E. Vaccari atiende al capítulo geológico, donde los fósiles son un elemento disgregador de la historia natural en su doble vertiente geológica y orgánica (*Spallanzani e le scienze geologiche del settecento*); mientras que C. Principe rescata la vulcanología de entre los escritos de Spallanzani (*Volcanology by the end of the XVIIIth century through the writings of Lazzaro Spallanzani*).

En el apartado final, G. Anceschi compone la imagen literaria y filosófica del científico (*Spallanzani letterato e filosofo*); M. J. Ratcliff presenta la batalla lingüística acaecida en la península italiana durante la segunda mitad de la centuria, para suplantar al latín como idioma científico (*Spallanzani e la guerra delle lingue scientifiche*); R. Gandini oferta un recorrido antropológico por los rincones científicos de Scandiano (*I luoghi della scienza di Spallanzani a Scandiano*); y, finalmente, con J.-L. Fischer conocemos al lector y biógrafo spallanzaniano que fue Jean Rostand, difusor de su ideario dentro y fuera de Francia (*Jean Rostand lecteur de Spallanzani*).

*La Sfida de la modernità* es una obra heterogénea fruto de la pluralidad ideológica representada, un conjunto histórico alejado del elogio fácil cuyo fin es insertar el capítulo spallanzaniano de la ciencia italiana en el contexto europeo. Unos recuperan viejos discursos, otros abren nuevas líneas de investigación, y la suma da como resultado la crónica de una disciplina, la historia natural, y de unos científicos, los naturalistas, que en el siglo XVIII se enfrentan al reto del experimento y la necesidad de elaborar nuevas teorías que orientarán la disciplina hacia su conformación moderna.

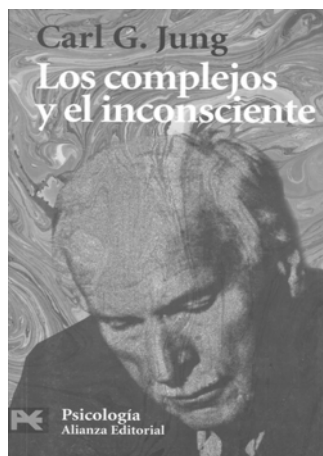
Una vida de trabajo y más de cuarenta títulos avalan a Castellani como un excelso especialista spallanzaniano, quien para la ocasión ha querido elaborar su pasado literario. Cumpliendo esta regla, ha diseñado su *itinerario cultural* a partir de diferentes artículos publicados entre 1979 y 1991. Corregidos unos, ampliados otros y refundidos los demás, conforman un texto construido sobre la dicotomía biográfica y científica de Lazzaro Spallanzani. El objetivo biográfico enfoca su etapa infantil y juvenil en Scandiano extendiéndose hasta 1765, año de la publicación del *Saggio di osservazioni microscopiche* sobre la generación. Período que, académicamente, se caracterizó por la influencia ideológica de Laura Bassi, docente de física en la Universidad de Bolonia, y el naturalista Antonio Vallisneri. Dos líneas de conocimiento que guiaron su devenir científico. La publicación del *saggio* sirve de punto de partida para una reflexión ideológica que comienza en sus páginas. Los borradores del *saggio* demuestran que, para explicar sus observaciones microscópicas, el naturalista asumió primigeniamente la tesis epigenista, lejos aún del preformacionismo que suscribió en el texto impreso oponiéndose al ideario de Needham y Buffon. Paulatinamente, Castellani desgrana el fruto del árbol de la ciencia spallanzaniana estableciendo una pauta sociológica. Su investigación histórica se conforma desde los documentos epistolares y manuscritos comparados con los impresos, evaluándose aspectos como la selección temática, el contexto ideológico, el diseño experimental, el desarrollo de la investigación, la elaboración de los resultados, la difusión de la obra y la repercusión científica; argumentos que explican qué sucedió en el laboratorio biológico de Lazzaro Spallanzani. La botella individual encierra también un mensaje colectivo, orientado a desmitificar los sabios y la ciencia que construyen, a desenmascarar una comunidad —idioma, publicaciones, jerarquías, instituciones—, que les protege gracias a la infalibilidad que prometen, añoran y no poseen. Marco científico donde Spallanzani aparece unas veces contradictorio, otras errado, algunas ignorado, en ocasiones acertado, y



siempre ejemplo de cómo entender y practicar la biología: la experimentación. Modelo que, tras la desaparición del maestro, Prévost y Dumas recuperan para ciencia decimonónica, allá por la década de 1820, como se relata en el epílogo del libro. Inteligencia es la cualidad que atesora el texto de Castellani, elaborado con magisterio y en eficaz composición literaria. Continente y contenido obligan y estimulan la lectura.

Andrés Galera

CARL G. JUNG, *Los complejos y el inconsciente*, Madrid, Alianza, 2001, 345pp.



La reedición del texto de Jung (titulado en su edición original *L'homme à la découverte de son âme*), coloca en el diván del siglo XXI dos problemas clásicos de la psicología: el materialismo y la conciencia. La obra se estructura en tres partes. La primera la componen dos charlas pronunciadas en Viena en 1931 y 1934, publicadas con los respectivos títulos de *Problema fundamental de la psicología contemporánea*, y *La psicología y nuestro tiempo*. La conferencia de 1931 planteaba el problema de «crear una psicología con alma», en respuesta al materialismo fundamentalista que dominaba la ciencia de la psique tras el clima espiritualista del Gótico. «Sabemos tan poco lo que es la psique como el físico lo que es la materia», afirma Jung (p. 51). Partiendo de este postulado surgen preguntas inevitables: ¿por qué negar la dimensión psíquica a una realidad donde la esencia última de la naturaleza de la materia nos es tan insondable como la de la psique?, ¿qué fundamento tiene este reduccionismo? Por otra parte, la exposición de 1934 subraya el problema de la proyección universal de los propios valores,

unido al origen histórico de la conciencia en la especie humana, analizándose temas como el reconocimiento doloroso de la «verdad existencial del otro», el proselitismo y la inquisición. La tesis junguiana explica estos últimos fenómenos como retazos de nuestro *espíritu primitivo*, manifestación donde la conciencia de grupo primaria sobre un *yo* a merced del *inconsciente colectivo*. Simultáneamente, a lo largo de la historia, la conciencia individual constituiría el bien supremo y la fuente de males del individuo —en el presente, disociaciones y neurosis desempeñarían el papel del diablo medieval, e, igual que antaño hiciera Lucifer, son capaces de poseer al individuo desde el interior con una fuerza que no puede dominar—.

En la segunda parte, titulada *Los complejos*, se analiza el significado del inconsciente, entidad que, a diferencia de Freud, Jung no deriva del consciente, distinguiendo un «inconsciente asequible, medianamente asequible e inasequible». La conciencia se manifestaría como un fenómeno discontinuo, relacionado, al mismo tiempo, con el cerebro y la *psique visceral* —la conciencia en el corazón o en el vientre de la que hablan tantas sociedades tradicionales y escuelas de pensamiento, como el taoísmo y el budismo zen—. Desde este posicionamiento, Jung se pregunta ¿qué es el *yo*?, configurándolo como una acumulación de datos perceptivos dentro de una red infinitamente compleja que comprende desde la orientación individual espacio-temporal —tanto interior como exterior, distinción que es importante—, hasta los sentidos, el mantenimiento orgánico, los afectos y los recuerdos; y es en el ámbito afectivo donde se sitúa el centro del *yo*. Para orientarse en el medio

## LIBROS

exterior ocurriría una interacción funcional, consciente e inconsciente, de la psique. Funciones racionales e irracionales, como el pensamiento y la sensación, el sentimiento y la intuición, servirán al individuo para orientarse en el mundo exterior, conjuntamente con las funciones que dirigen la psique hacia la dimensión interna individual; marco donde Jung introduce la dicotomía introversión-extroversión que ha trascendido del análisis psicológico junguiano a formar parte del lenguaje cotidiano (para un análisis detallado del tema léase su conocida obra *Tipos psicológicos*). Estas funciones estarían presentes, por ejemplo, en la memoria consciente e inconsciente, en las impredecibles irrupciones oníricas y alucinatorias del inconsciente en la conciencia, y en toda una gama de contribuciones subjetivas a la conciencia tales como asociaciones, prejuicios, pensamientos, sensaciones, intuiciones y emociones subliminadas en el discurso consciente bajo la forma de *sombra* individual. Funciones que, especialmente, se manifiestan en los afectos, que desde antiguo han personificado los dioses (lo erótico, lo marcial, lo jovial, lo dionisiaco), entidades cuya fuerza subyugadora e inexplicable aparece en la conciencia contemporánea convertida en *complejos*, idénticos en sus características a los espíritus y demonios que rigen la vida del *primitivo* (en este contexto, Jung no escapó al eurocentrismo predominante en la etnología de su época, formulando aseveraciones que hoy calificaríamos de racistas, como referirse a la mentalidad *somnolienta* del primitivo y del uso del látigo para *despertar* su voluntad y *orientar* su conciencia).

No olvida Jung repasar la metodología utilizada en la época, ofreciendo amenas y sorprendentes descripciones de los experimentos realizados con el galvanómetro y el pneumógrafo —información especialmente relevante para la historia de la psicología—, componiendo una imagen reveladora del propio *complejo* de inferioridad que la psicología, y otras ciencias humanas, manifestaban respecto a disciplinas como la física, la química, o la fisiología, sentimiento que, en los casos más extremos del conductivismo empujó a la psicología hacia un camino de cuantificaciones, cifras y medidas, vacío de sentido, que amenazaba convertirla en una *psicología sin alma*.

En su parte final, *Los sueños*, el libro analiza las enseñanzas que de estas representaciones oníricas podemos sacar gracias a su función proyectiva, a su significado individual y a la relación que el sueño guarda con el mito, y nos reenvía a la lectura obligada de otro clásico de Jung: *El hombre y sus símbolos*. En conclusión, la reedición de *Los complejos y el inconsciente* rescata para la tribuna científica del nuevo siglo el ideario del maestro al objeto de pefilarlo con trazo seguro.

Juan M. Sánchez Arteaga

ARNE HESSENBRUCH (ed.), *Reader's Guide to The History of Science*, Londres-Chicago, Fitzroy Dearborn, 2000, 934 pp.

Diccionarios y enciclopedias constituyen unidades informativas imprescindibles para el investigador con independencia del área científica, son herramientas básicas del especialista y allanan el camino del profano. A pesar de lo cual no proliferan. Por este motivo cualquier nueva manifestación despierta interés y es bien acogida. Contrariamente, es habitual considerarlos un género menor dentro de la literatura científica. Es el vino que todos consumimos pero ninguno compramos. En este contexto la presente guía *Reader* es una magnífica cosecha para los santos bebedores de la historia de la ciencia, tanto por el envase como por la calidad, los objetivos y el tratamiento temático ofrecido. No es un libro de consulta al uso donde cada término tiene su definición correspondiente, es un diccionario bibliográfico comentado. Desde la tribuna editorial, Arne Hessenbruch suscribe un proyecto colectivo cuya finalidad es conducir al lector entre el maremagno de publicaciones que

## LIBROS



irrupen en la disciplina, seleccionando y analizando las más representativas para conformar un panorama general sobre la investigación realizada en los campos seleccionados.

El volumen agrupa veinte categorías temáticas: *alternative sciences, analytical concepts, astronomy and astrophysics, chemical sciences, earth sciences, education, engineering and technology, general themes, individuals, life sciences, literature of science, mathematical sciences, medical and health sciences, medicine and society, national histories physical sciences, science in pre-modern culture, scientific instruments, social sciences, societies and institutions*, conteniendo unas quinientas referencias que forman una polifonía intelectual de dimensiones biográfica, institucional, conceptual, multidisciplinar, sociológica, geográfica, e ideológica, discutidas ampliamente de la mano de más de trescientos colaboradores de ámbito mundial. Una cuidada edición y los pertinentes índices alfabético, temático, general, y bibliográfico, nos conducen con

paso firme por las páginas de esta genuina *guía de lectura(s) sobre historia de la ciencia*, que por su naturaleza bibliográfica requerirá de actualizaciones periódicas para no quedar obsoleta.

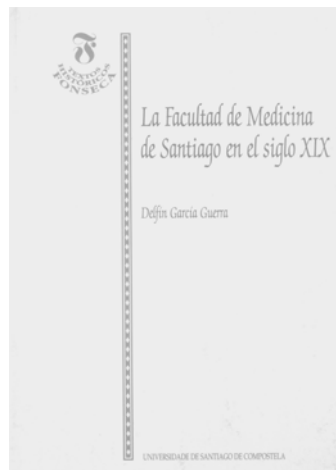
Andrés Galera

JOSÉ DANÓN (Coordinador), *La enseñanza de la medicina en la Universidad española* (1ª parte), Barcelona, Fundación Uriach 1838, 1998, 149 pp.

DELFIN GARCÍA GUERRA, *La Facultad de Medicina de Santiago en el siglo XIX*, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, 2001, 344 pp.

GUILLERMO OLAGÜE DE ROS, *Sobre sólida roca fundada: ciento veinte años de labor docente, asistencial e investigadora en la Facultad de Medicina de Granada (1857-1976)*, Granada, Universidad de Granada, 2001, 432 pp.

En estos tiempos, en que parece que estamos viviendo la tercera «cuestión universitaria», el tercer gran enfrentamiento del poder central con la libertad universitaria, no es extraño que se plantee desde la historia de la enseñanza un posible futuro. Y tampoco lo es que estas reflexiones se planteen muy certeramente desde la historia de la facultad de medicina. Ésta, que en la universidad del Siglo de Oro era la menor de las mayores, en comparación con los derechos y teología, pasa en el siglo XIX a tener una importancia primera. La universidad profesional —para médicos y juristas— que en el ochocientos nace y que heredamos, se ha visto en las

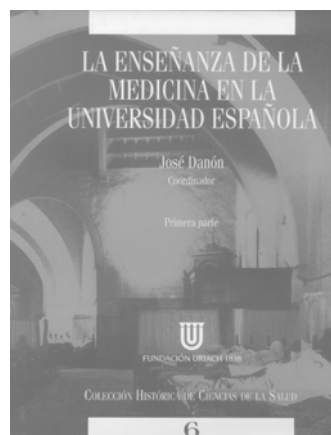


## LIBROS

últimas décadas cuestionada desde la medicina. La enseñanza apoyada en la anatomía y la patología, se cuestiona desde la prevención, las humanidades y las ciencias. La OMS ha repetido insistentemente en estos necesarios cambios.

Damos, por tanto, la bienvenida a tres libros que se ocupan de estos temas en el mundo contemporáneo. Primero, con prólogo de Pedro Laín, apareció *La enseñanza de la medicina en la Universidad española*, que viene a continuar la excelente labor desarrollada por la Fundación Uriach 1838 en apoyo de la historia de la medicina. Apadrinada como siempre por Josep Danón, estudia López Piñero el pasado de la enseñanza hasta el plan Moyano de 1857. Luego, de la facultad de Madrid se ocupa Agustín Albarracín, de Valencia Josep Lluís Barona, de Sevilla Juan Luis Carrillo, de Santiago Delfín García Guerra y de Barcelona el coordinador. Los autores dan una rápida y cuidada panorámica de estas facultades, con una selecta bibliografía y una atractiva iconografía.

Más recientemente, ha aparecido el volumen que recoge el estudio de la facultad de medicina de Santiago de Compostela de nuestro querido compañero Delfín García Guerra. En sus páginas analiza con cuidado los Planes de estudio y la institución médica en la que estudió y enseñó. Como avezado investigador de archivo, supo encontrar en esas fuentes los esfuerzos de

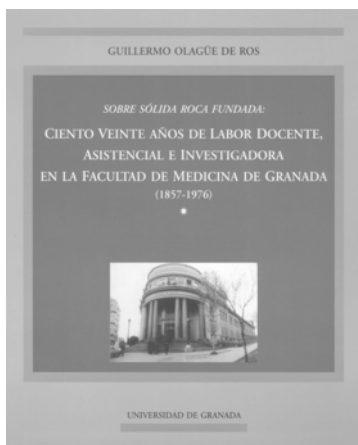


una facultad centenaria, por sobrevivir y recuperarse. Muy interesantes son los capítulos dedicados a la enseñanza de la anatomía y de la práctica médica, dado el camino francés que las facultades médicas adaptaron en el siglo XIX. También las repercusiones del sexenio revolucionario y de los problemas con el hospital clínico. La vieja tradición del hospital de los Reyes Católicos pesaba sobre la también anciana herencia de Fonseca.

Los mismos aspectos pueden ser señalados en el libro de Guillermo Olagüe. Granada fue la primera en instituir una Cátedra de Clínica, donde se podían realizar los estudios que el Protomedicato exigía de práctica médica. Se une, por tanto, a la herencia de la cátedra de clínica, el modelo francés y las novedades del hospital clínico. Analiza con cuidado la legislación y su repercusión en la vida de la institución. También se ocupa del papel de la investigación, así como del nacimiento de las especialidades. Por tanto, de la Asociación para el Progreso de las Ciencias, y de la relación con la J.A.E. y el C.S.I.C. De gran interés son las relaciones

con el seguro de enfermedad, así como la información tan rica que proporciona sobre gastos, alumnos, profesores y enfermos. Una buena iconografía y un gracioso estilo embellecen la obra.

José Luis Peset



LIBROS

JUAN ATENZA FERNÁNDEZ, JOSÉ MARTÍNEZ PÉREZ (coor.), *El Centro secundario de higiene rural de Talavera de la Reina y la sanidad española de su tiempo*, Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, 2001, 304 pp.  
*Higienismo y Educación (ss. XVIII-XX)*, *Áreas. Revista de Ciencias Sociales*, nº 20, 2000, 182 pp.



Estas dos publicaciones, una un libro, la otra una revista, son excelentes en cuanto a la calidad y el cuidado de su papel, impresión, ilustraciones, etc., pero además recogen los trabajos de una gran parte de los mejores estudiosos de la sanidad española. Los trabajos comprendidos en ambos volúmenes abarcan los temas y aspectos fundamentales de la sanidad de nuestro país. Por lo tanto, es evidente el enorme interés que presentan para quien se interese por estos temas tan esenciales desde el punto de vista de la historia de la medicina, pero también de la historia social y de la historia a secas desde el siglo XVIII hasta el XX. Indudablemente existen otras muchas publicaciones sobre la historia de la higiene y sanidad —muchas veces de los mismos autores que participan en estas obras— pero, además de sus contenidos concretos, se puede, a partir de ellos, acceder a prácticamente toda la bibliografía significativa sobre estos decisivos aspectos de la medicina española. Analizaremos brevemente las características de cada una de las obras.

*El Centro secundario de higiene rural de Talavera de la Reina y la sanidad española de su tiempo*, coordinado por Juan Atenza Fernández y José Martínez Pérez, comienza con un prólogo de José Luis Peset que da una visión de la cuestión esencial de la higiene, y la introducción de los coordinadores nos introduce en el proyecto que subyace a la publicación del libro. El libro no se limita sólo al Centro Secundario de Higiene Rural de Talavera de la Reina, tema ya interesante de por sí, sino que trata ampliamente los problemas de la Sanidad española desde la mitad del siglo XIX hasta la Guerra Civil. Como he indicado al principio, trabajos escritos por los máximos especialistas de cada uno de los aspectos tratados. He dicho al comienzo que el estudio de un centro de higiene rural es especialmente interesante porque, creo, hay todavía una laguna grande en el estudio y análisis de la medicina rural española. Además, en este caso hay una circunstancia especialmente interesante, la presencia de una colección de fotografías, que, cuidadosamente recuperadas, muestran escenas de la sanidad de esos años. Eran láminas que se utilizaban para la formación de la gente que acudía al centro, una de las actividades importantes, de acuerdo al concepto de medicina social e higiene social imperante en los centros de atención infantil, por ejemplo en las Gotas de Leche y en los Dispensarios.

El libro consta de una serie de trabajos sobre la sanidad en general que sirven para situar el estado de la higiene y sanidad y su evolución a lo largo del siglo XX, así como de instituciones y servicios que se fueron estableciendo o intentado establecer para la defensa de la higiene y sanidad. Primero una visión general —trabajo sólido de un gran especialista, Esteban Rodríguez Ocaña, fruto de sus muchos trabajos y de una madura reflexión sobre la sanidad española. Después se tratan algunos de los mecanismos sanitarios que se quisieron establecer de forma general para la atención municipal y fundamentalmente provincial, las Brigadas Sanitarias, (Enrique Perdiguero), los Centros Secundarios de higiene Rural (Juan Atenza), y como novedad interesante, los problemas de la sanidad colonial, (Rosa M. Medina y Molero), menos estudiados aún que la sanidad rural. El libro



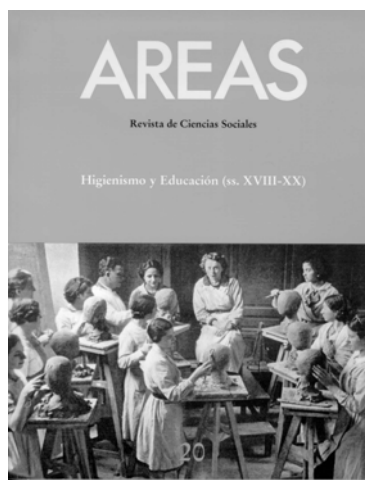
## LIBROS

continúa con otra serie de trabajos, en este caso dedicados a los procesos más importantes dentro de la medicina que se daban en la sanidad española, verdadera amenaza para la <<raza>>, para el estado de salud del pueblo español: las enfermedades venéreas (Ramón Castejón), la tuberculosis (Jorge Molero), el alcoholismo (Ricardo Campos) y el paludismo (E. Rodríguez Ocaña), tratados, también, por quienes son nuestros máximos especialistas y que condensan aquí de forma clara pero densa en contenidos, su saber. Siguen a estos los estudios de otra serie de problemas esenciales, la enfermedad mental (Rafael Huertas), los problemas gravísimos de la mortalidad infantil (E. Rodríguez Ocaña) y la medicina del trabajo. José Martínez realiza un análisis muy interesante del discurso sobre medicina del trabajo y prevención de la siniestralidad laboral durante la Dictadura de Primo de Rivera y la República. El volumen finaliza con un trabajo sobre la educación para la salud y otro, muy interesante por la información que transmite, sobre el Museo Alemán de Higiene de Dresde y sus colecciones de diapositivas, y las que se encontraban en el dispensario de Talavera. En definitiva, es un libro que abarca los temas esenciales de la higiene y sanidad españolas, temas tratados por quienes más los conocen y han trabajado sobre ellos. La edición es muy buena y la calidad del contenido también. Es una obra altamente recomendable para todos los interesados en la sanidad española.

La revista *Áreas* recoge, en este monográfico, un aspecto esencial de la higiene española, su relación con la pedagogía, un elemento potente, de gran valor en la consideración española de la manera de regenerar al pueblo español. Desde el siglo XIX la educación se consideró un elemento esencial para elevar el nivel físico, mental y moral del pueblo español, comenzando, claro está, por la infancia. Pero la higiene, el problema de la mortalidad infantil y el control de la difusión de las grandes enfermedades, epidemias de cólera primero, sífilis, tuberculosis y alcoholismo después, era también esencial para salvar y regenerar a la <<raza>> española. Los trabajos se centran esencialmente en los problemas de la medicina escolar, al peso de la higiene en la escuela y las relaciones entre médicos y pedagogos, dos campos que se entremezclaban inexorablemente.

La revista se abre con un trabajo general de introducción, redactado por los coordinadores del número, Antonio Viñao Frago y Pedro Luis Moreno Martínez, aclarando la importancia del movimiento internacional y sigue con un estupendo artículo del primero que caracteriza al higienismo y ofrece una perspectiva histórica de higiene, salud y educación que permite comprender sus estrechas relaciones y que se completa con una útil cronología. Sigue con un buen trabajo de Mónica Bolufer sobre el siglo XVIII, que sirve de referencia para tener una idea de la evolución de la higiene antes de su expansión del siglo XIX. Otros artículos nos aproximan a temas generales como la cuestión de la lexicografía de divulgación de la higiene —aspecto muy interesante que no es abordado frecuentemente por falta de especialistas (Bertha Gutiérrez)— y, muy importante, las relaciones de la higiene con las normas de urbanidad, con las normas y formas de la burguesía que se debían conformar de acuerdo a la higiene y transmitir a las clases populares (J. L. Guereña).

Un núcleo realmente importante de los problemas de la higiene correspondían a la higiene de la población infantil, y de aquí las relaciones entre higiene y educación. En nuestro país, además, el desarrollo de la pedagogía fue muy importante, sus profesionales estaban especialmente bien preparados, pues fueron quienes más utilizaron las posibilidades abiertas por las becas de la Junta para



## LIBROS

Ampliación de Estudios. Es este un terreno especialmente rico para conocer una gran parte de los problemas de la higiene española, por su relación con las clases populares, los problemas de escolarización y control de esos niños y el control de la mortalidad infantil. Los artículos referidos a estos temas son excelentes y de gran solidez. Artículos sobre la relación, no siempre bien avenida, entre higiene y educación. Así el dedicado a la higiene escolar como campo de conocimiento disputado entre médicos y pedagogos (Aída Terrón). La autora analiza el cuerpo de doctrina de la Higiene Escolar a través de los tratados, estudia su evolución y trata de valorar el peso de las posiciones médicas, pedagógicas, psicológicas, paidológicas, y, diría yo, eugénicas. Busca indicadores de su cristalización institucional y también intenta una aproximación al contexto occidental. Junto a él y completando el panorama, el trabajo de María del Pozo Andrés sobre el origen y desarrollo de la Inspección Médico-Escolar en Madrid, también excelente, analizando todos los avatares de ese intento importante de controlar desde el punto de vista de la higiene, pero también algo más, de su desarrollo y características eugénicas, a los niños escolarizados. Aparecen en la revista otros temas que completan el panorama desde distintos puntos de vista, como el referido a la interrelación entre los diversos sectores profesionales interesados en la higiene, no sólo por los problemas en sí, sino por el propio desarrollo de las profesiones, fundamentalmente jueces, psiquiatras y asistentes sociales (Guillermo Rendueles), otro que analiza el papel de instituciones como la Cruz Roja y las colonias escolares (Pedro Luis Moreno), así como el referido a las escuelas al aire libre y las aulas de la naturaleza (José Mariano Bernal), un tema ligado con el de las colonias, pero con características pedagógicas propias. Y muy interesante desde el punto de vista actual el artículo de Rosa Ballester y Enrique Perdiguero sobre los estudios sobre crecimiento humano como instrumento de medida de la salud de los niños españoles, que abarca toda la primera mitad del siglo XX.

Como he señalado al comienzo, ambas obras se complementan magníficamente y constituyen un grupo de trabajos que permiten ponerse al día en los aspectos esenciales de la historia de la higiene y la sanidad en España. Al comprobar los nombres de los autores creo que queda claro el interés de ambos volúmenes.

Raquel Álvarez

I. ROMERO, J. CASCO, F. FUENTENEbro, R. HUERTAS (eds.), *Cultura y Psiquiatría del 98 en España*, Madrid, Necodisne, 1999, 273 pp.

«La ciencia es una realidad que tiene una historia, y la historia de la ciencia nos dice cuál es esa realidad». Con esta frase de Mosterín comienza la introducción de este libro que pretende ofrecer una visión del estado de la psiquiatría en España a finales del siglo XIX. Con la justificación de que toda reflexión sobre el pasado histórico de una disciplina nos suministra la perspectiva necesaria para la comprensión de su evolución y sus transformaciones, surge esta mirada panorámica hacia el ayer de nuestra ciencia.

A lo largo de los 20 artículos que conforman esta recopilación, varios autores nos muestran aspectos relevantes de la situación de la salud mental en la España de 1898 que, por otra parte, se encontraba estrechamente ligada al momento político, social y cultural de la época.

La crítica situación política española y su no menos desamparada situación social, con las tasas más altas de analfabetismo y los peores índices sanitarios de toda Europa occidental, culminó con la pérdida de las colonias en América y la llamada Crisis del 98. Se inició entonces una revisión de

## LIBROS

los valores culturales girando la mirada hacia la ciencia y la educación, de lo cuál se haría eco en el ámbito literario la «Generación del 98».

El movimiento regeneracionista que surge a partir de aquí, intentará la implantación de la mentalidad científica en España, donde se decía que el conocimiento saltaba de una percepción simple de los hechos a una contemplación moral y estética de los mismos, sin el paso intermedio de la observación rigurosa, reflexiva y pragmática propia del pensamiento científico.

Todos estos cambios influirán en la psiquiatría y la psicología de fin de siglo. La llegada del pensamiento positivista, con obras como «El tratado de frenopatología» de Giné, abre las puertas a la institucionalización de la Psiquiatría como especialidad médica en España. De Italia y Francia llegan conceptos como «degeneración» y «endogeneidad» que tienen una gran repercusión en la concepción y la asistencia psiquiátrica de la época y que se filtrarán también a la política y a la cultura. La influencia de las ideas kraepelianas irán poco a poco haciendo ceder a las teorías degeneracionistas, aunque más lentamente que otros países. Con la ruptura del concepto de locura única y la aparición de los diferentes tipos de enfermedades mentales, se abre el camino para la reforma institucional, en la que se intentará cambiar la concepción del manicomio de reclusión de la locura por un nuevo modelo asistencial, más dinámico, que diese cabida a la diversidad de trastornos mentales. Sin embargo, la mentalidad degeneracionista seguirá utilizando las nuevas nosologías para la estigmatización psiquiátrica de las conductas desviadas socialmente.

Años más tarde, la aparición de la psicometría, unida al concepto de la heredabilidad de la inteligencia, colaborará a la segregación y a la eugenesia pasiva de los deficientes y de los inadaptados sociales en muchos países. Las teorías eugénicas tuvieron en España menor repercusión no llegando a la práctica generalizada de las mismas, pero sí estando presentes en la mente y en los escritos de muchos científicos del momento.

La concepción social, y también psiquiátrica, de la mujer y del niño también es expuesta en esta revisión. Una vez más, España llega con retraso al cambio en la consideración del niño, que pasa de ser una extensión del adulto a un sujeto infantil con una psicopatología propia.

La crisis del 98 y el regeneracionismo también tienen su impacto en el ámbito pedagógico. La Institución Libre de Enseñanza, que surge como organismo independiente de la Universidad estatal, y su boletín (BILE), sirven como reivindicación y vehículo de difusión sin censuras de los nuevos conocimientos científicos en España. De la mano de esta institución llega el interés por la psicología a nuestro país. Simarro, Ramón y Cajal, entre otros, se interrogan sobre los fenómenos psicológicos del hombre, generando una inquietud de la que se harán cargo otros científicos y que tendrá un gran impacto en la literatura. La «Generación del 98» se hace eco de las modificaciones científicas, reflejando en sus obras el interés por la psicología y la salud mental. Así se evidencia en escritores como Emilia Pardo Bazán, Azorín, o Unamuno, que intentó describir el esquema psicológico del español de su época.

Esta recopilación de artículos, presentados en las Jornadas que la Sociedad de Historia y Filosofía de la Psiquiatría dedicó a este periodo de la ciencia psiquiátrica, nos ofrece una visión interdisciplinar de la psiquiatría, la psicología, la pedagogía, la sociología y la literatura decimonónica, que se conjugaron en una época crítica para configurar los hitos de una nueva psiquiatría en España.



Ana Isabel Segura Rodríguez

## LIBROS

- F. JAVIER PUERTO, MARÍA ESTHER ALEGRE, MAR REY, MIGUEL LÓPEZ (coord.), *Los hijos de Hermes. Alquimia y espagiria en la terapéutica española moderna*, Madrid, Corona Borealis, 2001, 448 pp.
- F. JAVIER PUERTO SARMIENTO, *El hijo del centauro*, Barcelona, Muchnik, 2001, 252 pp.

No creo que sea usual revisar a la vez dos libros, en principio tan distantes como una novela y una miscelánea de eruditos trabajos. Si bien muchos aspectos los unen. Ambos tratan del origen de la química y de la farmacia, enraizado en la alquimia y la magia. Las fuentes son las mismas y



alguno de los autores coincide, en concreto quien encabeza ambos volúmenes. Además, ese carácter filial que comparten en el título les añade una curiosa semejanza. No creo que se trate de la vieja historia de linajes, a la que puede parecer alusión la inauguración de la biblioteca dedicada a Rafael y Guillermo Folch.

Pedro Laín decía con frecuencia que es ser bien nacido el reconocer la deuda con el pasado, con nuestros maestros. Pero la tradición lainiana nos hacía descender de sabios, héroes y dioses. Ahora, los nuevos historiadores inventan una tradición más simpática, en que venimos de herreros y alfareros, cocineros y barberos, magos y brujos. Quizá muchos preferimos esta nueva dignidad en nuestro origen, pero cierta heroicidad hay incluso en nuestros días y no sólo en nuestros pagos, pues en países civilizados se sigue quemando a Harry Potter, y prohibiendo defender la descendencia del mono.

Conviven por tanto en esa primera obra varias generaciones, así como varias especialidades. Hay muy importantes referencias a la tradición árabe, así como a la europea, en concreto a Paracelso. Tanto se indaga en la alquimia y la magia, como en los novatores, en los boticarios, como en los médicos, en las cortes, como en la real botica. Se trata de reconocer lo que los profesionales de la salud deben a estos antiguos y extraños personajes, y los historiadores a los viejos maestros.

No es extraño que estos estudios hayan dado lugar a una amena novela de Javier Puerto. La historia de un alquimista, desde un archivo madrileño, nos adentra en los más importantes sucesos de la época. Es una brillante reconstrucción de una época muy rica, desde el conocimiento profundo de las fuentes y la bibliografía. Se trataría de un pícaro más, que enriquece nuestra tradición literaria. Como tal es de origen confuso, entre la heroicidad del centauro y la suciedad de la naturaleza, que siempre es prostituta. La belleza del estilo, la riqueza del vocabulario y el panorama de los «demasiados sitios» por donde transita hacen su lectura recomendable. Nos lleva por las principales boticas, por la América novohispana, por las cortes reales... Las páginas dedicadas a elementos oníricos, a deseos y sexualidad son las más atractivas, como no podía faltar en un hijo de Paracelso. Si en España no hemos tenido a Newton, sí hemos tenido a esforzados personajes que intentaron estudiar, practicar y, sobre todo, sobrevivir. Como ese joven historiador que se adentraba hace años en los archivos —que nunca ha abandonado— cuyo recuerdo, en las últimas páginas de la novela, a todos nos rejuvenece.

José Luis Peset

HELISAEUS RÖSLIN, *De opere Dei creationis* (introducción de Miguel Ángel Granada), Lecce, Conte, 2000 (ed. de Francfort, 1597).

MIGUEL ÁNGEL GRANADA, *El umbral de la modernidad. Estudios sobre filosofía, religión y ciencia entre Petrarca y Descartes*, Barcelona, Herder, 2000, 513 pp.

Dentro de la colección «Aurifodina philosophica», dirigida desde la Universidad de Lecce, y en la que pone su empeño un centro interdisciplinar de estudios sobre Descartes y el Seiscientos, acaba de aparecer la reproducción anastática de este texto del médico y cosmólogo Röslin, con una importante introducción, en castellano, de M. Á. Granada. Es un bello libro realizado por Conte Editore, que está realizando una importante recuperación de clásicos, como se ha reconocido en Italia y asimismo en Francia o en América (*Isis*, 4, 1999).

No hace mucho en *Asclepio* se reseñó *El debate cosmológico en 1588. Bruno, Brahe, Rothmann, Ursus, Röslin* (Nápoles, Bibliópolis, 1996), también editado en castellano, lo que evidencia el rasgo internacional de la impresión italiana, y el prestigio logrado ya por Granada. Ahí analizaba éste textos cosmológicos de Bruno, Tycho Brahe, Ursus de 1588, momento fundamental para la progresiva disolución del cosmos antiguo, y, tras hablar de Rothmann, finalizaba su recorrido histórico-cosmológico con una obra, algo posterior, del médico paracelsiano y astrólogo suabo, Röslin (1545-1616). Es precisamente una obra suya la que ahora pone ante nuestros ojos, y que es más breve, comparativamente, que su título: *De opere Dei creationis seu de mundo Hypotheses orthodoxae: continentes summa summarum artium Principia, Physices, Chymiae, Medicinae, Astrologiae, Metaphysices, nec non praecipua fundamenta Philosophiae et veteris et novae*. Estas tesis habían sido concluidas hacia 1595 y publicadas finalmente dos años después.

El médico, poco ortodoxo, había nacido cerca de Stuttgart; estudió en Tubinga, donde fue médico desde 1569. En 1572 pasó como médico a Alsacia (vivió en Haguenau desde 1584 hasta 1608), y desde el inicio se interesaba ya por dos fenómenos astronómicos decisivos: la *nova* de 1572 (que dura dos años) y el cometa de 1577 que llamó tanto la atención a todo el mundo culto, desde España hasta Alemania. Tales apariciones suponían un *cambio irregular* en el ámbito celeste, presuntamente inmutable.

Pues bien, desde entonces trató de replantear las teorías aristotélicas, desde una perspectiva cosmológica, pero también cronológico-religiosa. Su marco general era la doctrina de Paracelso, a partir de la terna azufre, mercurio y sal, conforme a los principios alquímicos (lo combustible, lo vaporoso, lo sólido), y manteniendo una visión que se opone a los inveterados elementos y humores de la materia y del cuerpo humano, con el consiguiente rechazo del elemento fuego. Ya en su *Theoría nova coelestium meteoron* de 1578 rechazaba éste último y extendía el ámbito del éter celeste hasta muy por debajo de la esfera lunar.

Ahora, en este *De mundo Hypotheses*, además de un prólogo que define el marco temporal del escrito, ofrece 124 tesis donde da una versión propia del sistema cosmológico y astronómico que habían formulado Brahe y Ursus. Pues su posición proviene del universo geoheliocéntrico de Brahe —que Röslin acepta—, y el libro está dispuesto con idéntico método expositivo al *Fundamentum astronomicum* de Ursus, y le da réplica oponiendo a sus tesis las suyas, como producto de una reflexión de al menos cinco años. Según la lectura de Granada, Röslin recurre al *fuego* como elemento celeste y esencial, se detiene en los tres principios paracelsianos, habla de un mundo supra-celeste o angélico y da una teoría de los cometas, sobre los que se extenderá en otra obra, *Tractatus*



*meteorastrologiphysicus*: aquí señala que son celestes (no sublunares), que se forman en las esferas correspondientes, que son transparentes y su movimiento es regular; que su generación es natural, si bien son también *signos*.



El libro se cierra con unos apéndices gráficos que aclaran todos los sistemas del momento: Ptolomeo, Copérnico, Brahe, Ursus, Röslin, pero no sin antes esbozar también unas tesis químicas y médico-antropológicas. Pues comenzó Röslin su teorización —como era propio del siglo XVI avanzado— discutiendo la pertinencia de las ideas de Aristóteles y de Galeno, y sus dudas fueron reforzadas por sus lecturas del Paracelso, muerto poco antes de que él naciera. Mezclado a este naturalismo médico-químico, él plantea una visión escatológica acerca del mundo, en la que el juicio divino sería inminente. Su tono profético expresa una idea del papa como Anticristo (contra quien lucharía el protestantismo), y una clara defensa de la libertad de conciencia.

Ofrece Röslin, pues, una gran visión del mundo, a la vez abierta y amenazadora. Y sólo mediante la superposición de lo que sucede en distintos campos, científicos, religiosos, filosóficos, histórico-culturales se puede captar la complejidad de ese pasado en crisis. De modo que cualquier intento de esquematización, separación y organización sistemática y monocolor debe quedar en entredicho, como nos

lo mostraba ya Granada en su *Cosmología, religión y política en el Renacimiento* (Barcelona, Anthropos, 1988). Todos los estudios, lecturas y reescrituras se interpenetraban y fecundaban; por ello, la actividad científica tenía una unidad indisoluble con las restantes; y las indagaciones de entonces —filosóficas, literarias, médicas, naturales— no pueden estimarse autónomamente, y ni siquiera se presentaban como tales la mayoría de las veces.

Más aún nos lo reafirma hoy Granada en otro trabajo nuevo y muy extenso, *El umbral de la modernidad. Estudios sobre filosofía, religión y ciencia entre Petrarca y Descartes*, que es una de las más importantes contribuciones españolas al estudio del Renacimiento europeo. El libro se inicia con un extenso trabajo, «¿Qué es el Renacimiento? Algunas consideraciones sobre el concepto y el período». Luego, a su análisis del universalismo del momento, de los intentos de reformar el conocimiento, de analizar la centralidad del hombre y criticar las manifestaciones eclesiásticas y otras formas del poderío de entonces, se une todo un repaso minucioso de la cosmología en un momento crítico como es el tardorrenacimiento. Y buena parte de tales argumentos son paralelos a los abordados en esa introducción a Röslin, pues los enmarca con una secuencia de nombres y de cuestiones concretas.

En efecto, toda la segunda parte del libro (doscientas páginas), está dedicada a problemas cosmológicos: discute el cielo de Aristóteles y su proyección teológica; presenta ampliamente las novedades sobre el cosmos y las expectativas escatológicas en el Quinientos europeo (sin olvidar el eco del descubrimiento americano), en figuras como Leovitius, Jerónimo Muñoz, Valles, Zúñiga, Digges, Maestlin, Gemma, Brahe, Hagecius, Postel y el propio Röslin (estos dos especialmente marcados por la historia-lineal cristiana del momento).

Además, Granada proporciona otras nuevas perspectivas sobre la figura del Nolano (a quien ha traducido excepcionalmente y sobre el cual ha volcado buena parte de su investigación); y en fin, ofrece aspectos centrales de la revolución cosmológica —Copérnico, Bruno, Kepler, Galileo, Descartes— volviendo una y otra vez, mediante análisis sucesivos y complementarios, a una época difícil de abordar. Fueron muchos los aspectos que afectaron a los debates suscitados por ese quiebro mental y científico; y sólo un desmenuzamiento como el suyo, de cada problema -sea partiendo Röslin, sea partiendo del resto de los autores citados-, podrá ayudarnos a descifrarlo.

Mauricio Jalón

MAX NORDAU, *Fin de siglo* (prólogo de José Luis Arántegui), Jaén, Del lunar, 1999, 75 pp.

Hay que saludar con alegría la aparición de una joven editorial dedicada a la psicología y a la psiquiatría. Entre sus libros publicados, podemos señalar *Fin de siglo*, el primero de los cinco de la obra *Entartung (Degeneración)* de Max Nordau publicada en Berlín en 1893 y traducida por Nicolás Salmerón y García en la Biblioteca Científico-Filosófica en Madrid en 1902.

Se consagra a la noción de degeneración, introducida por Morel y desarrollada por el maestro Lombroso, a quien Nordau dedica fervorosos elogios, así como consuelo por los olvidos y ataques que sufre. Lombroso la aplicó a psiquiatría, derecho criminal, política, sociología, él al arte y la literatura, mostrando que las modas estéticas son formas de descomposición intelectual. En «El crepúsculo de los pueblos» señala el origen francés del «fin de siglo» y sostiene que consiste en el desprecio de las conveniencias y de la moral tradicionales. Se trata de una minoría de gentes ricas, distinguidas, o fanáticos, que convencen a las clases media e inferior, a través de snobs, fátuos, imbéciles y pobres de espíritu.

Analiza este malestar de fin de siglo como una enfermedad. Los «Síntomas» consisten en no ser uno mismo, copiar modelo ajeno, incluso varios. Habla de viviendas decadentes —tipo Wilde, D'Annunzio o Huysmans— que tratan de irritar los nervios. Pasa revista a muchos creadores, desde Puvís de Chavanne a los discípulos de Manet, desde Zola hasta Nietzsche, de Schopenhauer a Eduardo de Hartmann. Tampoco olvida a Wagner.

En «Diagnóstico» recurre a los «degenerados superiores» de Magnan; Maudsley y Ball los llaman «habitantes de las fronteras», son los «matoideos» de Lombroso. Se caracterizan por la emotividad variable, femenina, la obsesión por el sí mismo. Para Legrain el degenerado puede ser un genio, para Lasegue el genio es una neurosis. El histérico tiene todas las singularidades del fin de siglo, así pasión por el rojo. Por formar escuelas o grupos cerrados, por los ismos, que relaciona con la locura de dos. «No participo de la opinión de Lombroso que afirma que los degenerados de genio constituyen una fuerza propulsiva del progreso humano» (p. 51). Gina Lombroso le responderá pronto.

En «Etiología» señala las drogas (bebidas, tabaco, opio, haschisch, arsénico), la mala alimentación, los venenos orgánicos y enfermedades, así tuberculosis, fiebres palúdicas, bocio, sífilis. También la ciudad, que compara con las lagunas palustres italianas, que excita con el ferrocarril, las cartas y los medios de comunicación. Aparece la histeria y la neurastenia por fatiga. Dado el esfuerzo del sistema nervioso, el gasto de materia, el estómago va por detrás del cerebro y el sistema nervioso. La fatiga de la humanidad civilizada produce nuevas tendencias en arte y literatura, aumento de crímenes, de locura, de suicidios. La generación actual envejece más que las anteriores, se ve en los dientes, canas, calvicie... Las nuevas escuelas estéticas no son fuerza juvenil y futuro, sino una mano hacia el pasado por agotamiento. Así se habla sin sentido de socialismo, de darwinismo, de emancipación intelectual. «Esas obras confusas o pedestremente charlatanescas, que tienen la pretensión de aportar soluciones a los graves problemas de nuestro tiempo...» (p. 75). Como sin duda fueron las suyas y las de la escuela lombrosiana.

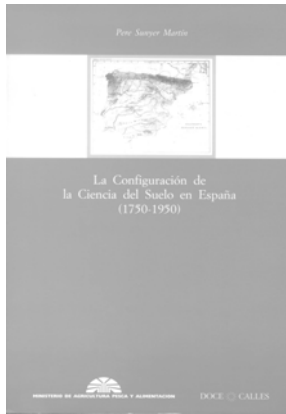


José Luis Peset

## LIBROS

PERE SUNYER MARTÍN, *La Configuración de la Ciencia del Suelo en España (1750-1950)*, Madrid, Doce Calles / Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, 1996, 612 pp.

PEDRO FRAILE (ed.), QUIM BONAстра (coor.), *Modelar para gobernar. El control de la población y el territorio en Europa y Canadá. Una perspectiva histórica*, Barcelona, Universitat, 2001, 336 pp.



Estos dos libros confirman la extraordinaria calidad de la historia de la geografía en Cataluña. El primero es un cuidado trabajo académico en el que se analiza la aparición de la ciencia del suelo entre nosotros. Primero se abordan los distintos caminos —ciencias o actividades— que convergen hacia esta creación. Se estudian las condiciones sociales, económicas y científicas, y dentro de éstas, la historia natural (botánica, química, geología), la ingeniería, la agrología y la geografía. Luego se analiza la institucionalización de la ciencia del suelo, viendo los principales personajes e instituciones que intervinieron. Cuidadas bibliografía y selección de textos, completan este importante trabajo de exigida consulta. En cierto sentido, es continuación del trabajo de Jordi Martí Henneberg y se enmarca en la escuela de historia de la geografía de Horacio Capel.

El segundo libro recoge un reciente coloquio entre historiadores españoles y canadienses. Introduce una más amplia orientación de estudio del espacio y la población. Trabajo y problemas sociales, policía y ordenación social, legislación y control de la población, políticas de salud y profilaxis... son los marcos en que se desarrolló este coloquio. Una amplia perspectiva enriquece este libro, pues se trata de especialistas de diversas orientaciones y orígenes. «Todo ello configura un rico y complejo panorama de perspectivas y aproximaciones a la historia de los instrumentos de dominación y control empleados en Europa y Canadá. Si bien esta diversidad comporta el riesgo de un cierto eclecticismo, es indispensable si se quiere avanzar en la construcción de una metodología crítica, útil para analizar estos fenómenos, pues sólo contrastando las diferentes ópticas y su capacidad para arrojar luz sobre los problemas abordados se irá en tal dirección» (introducción, p. 13).

José Luis Peset